

CON
CURSO DE
CREACIÓN
literaria

{premiosal/Arte18/19}



Candelaria
CANARIAS



Concursos de creación literaria 2018 y 2019

PREMIOS AL ARTE

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria



La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria publica esta recopilación de las obras presentadas a las ediciones del CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA en el que, en 2017, el tema de las obras debe estar basado en leyendas o tradiciones orales relacionadas con el lugar de procedencia del autor, con el fin de promover la memoria popular de un determinado lugar y sus gentes a través de la narración literaria, así como la transmisión oral de nuestros antepasados y el fomento de la comunicación entre generaciones; en 2019, el tema de las obras ha sido libre.

Del contenido y veracidad de todos y cada uno de los relatos publicados son responsables sus autores.

Por respeto a la creación y libertad literaria, los relatos han sido publicados tal y como los ha recibido la organización, sin corrección ni variación alguna.

Edita: Ayuntamiento de Candelaria.

Alcaldesa **María Concepción Brito Núñez.**

Concejal de Cultura **Manuel Alberto González Pestano.**

*La vida es la memoria del pueblo,
la conciencia colectiva de la continuidad histórica,
el modo de pensar y de vivir.*

Milan Kundera

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2018

La sonrisa de Fernando	7
La escultora tallada	9
Finaos	11
Cordón Colorao	12
Noches de San Juan	14
La tradición más ordinaria	16
La pared de Iruene	18
Buena compañía	20
San Juan Chamula	21
No lo hagas	22
Coquena llegará	24
Partir es partirse en dos	26
La santiguadora	28
Mujeres	30
Un cuento	32
Capnomancia canaria	34
La argolla	35
El sillón del diablo	37
El vivac	39
Sismo	40

Sonreía y yo no lo entendía.

El camión traqueteaba yendo y viniendo por entre los grandes socavones que formaban la carretera del barranco. Fernando apenas tenía diecisiete años y ya trabajaba en las plataneras de la marquesa, como su padre antes que él y su abuelo antes que su padre.

Se levantaba cada día a las cinco y media de la madrugada pero no venía a despertar hasta bien pasadas las siete (cosas de la edad). A esa hora su madre le tenía preparado el desayuno, leche de cabra, recién ordeñada, con gofio de millo, un mendrugo de pan manchado con mantequilla y un plátano para el camino. La abuela lo miraba mientras comía con una expresión desamparada de tristeza; pensaba que su nieto no se daba cuenta pero ella era uno de los motivos principales por los que el muchacho se había acostumbrado a sonreír continuamente, quería ver a su abuela contenta.

Entre las letanías interminables que rezaba se encontraba aquella tan conocida de “Para el pobre siempre es de noche” que solía adjudicar a cada uno de los contratiempos que le surgían a diario.

De haber sido una jornada normal, Fernando estaría quitando florilla, junto a su amigo Esteban, mientras el sol apuntaba las primeras luces del día tras los muros de la finca, uno de sus momentos preferidos. Pero estaba escrito que aquel no iba a ser un día normal. Al atravesar el portalón de entrada a la hacienda lo recibió el encargado que, sin dirigirle una sola palabra, le señalaba la parte trasera de un Diamond T 212. El joven permaneció inmóvil durante unos instantes. Luego, ayudándose de un asidero de la carrocería, saltó al camión y se sentó con la espalda apoyada contra uno de los laterales, al lado de Esteban que ya estaba allí junto a otros muchachos del pueblo.

Todos reconocieron el camino que los llevaba hasta el fondo del barranco, más conocido como “La carretera del pozo”. La cara de aquellos muchachos reflejaba el miedo que padecían, menos la de Fernando, que sonreía más aún que de costumbre.

Y yo le preguntaba aterrizado:

- Pero Fernando ¿Es que no te das cuenta? ¿Por qué sonríes?

A lo que me contestaba:

- Para no entristecer a mi abuela.

Gilda se pasaba horas mirando el bloque de mármol, rodeándolo, como si en alguna de esas vueltas fuera a descubrir la pantorrilla escondida o el pecho que fríamente respiraba bajo capas de piedra. Hay que juntar mucho valor para enfrentarse al vértigo de la materia en bruto que se protege burlándose del artista con su porte de aparente indestructibilidad. Así comenzaba la lucha cuerpo a cuerpo, cincel a canto, desnudado la estatua sin ser consciente del paso del tiempo o de la cercanía de unos hombres que buscaban hacer de la casa de la escultora lo mismo que la artista realizaba con la maza y la cantera. Mientras tanto, Gilda no apartaba la vista de aquellos ojos, aún sin vida y sin forma, que poco a poco iban apareciendo en una tez blanca, suave, que se abría en una boca que nos hablaba. Un brazo se extendía, ondulante, a un costado, señalando algún punto al otro lado de la ventana. Con la misma tenacidad de un pájaro carpintero, Gilda hacía aparecer un cuerpo femenino que se había mantenido oculto desde sus orígenes. Un golpe a la piedra, y la puerta se quebró en dos con el golpe feroz de una jauría de hombres que sujetaron a Gilda por los brazos mientras ella, todavía con el sudor en la frente, se movía desesperadamente buscando desasirse de esos gruesos brazos que la apretaban cada vez más. Otros dos hombres se encargaron de destruir la mujer de piedra que parecía cobrar una expresión de espanto cuando caía de una pieza contra el suelo a la vez que los hombres escupían sobre Gilda al grito de: «¡Bruja! ¡Bruja!», «Seguirás rompiendo piedritas en el infierno, ¡bruja!». Acto seguido, la arrastraron fuera de su casa mientras Gilda se deshacía en un solo llanto al ver su obra convertida en míseros guijarros dispersos por todo el suelo de su casa, de la que intentaban llevársela aunque ella se resistiera con uñas y dientes. Todo fue en vano. En el árbol que crecía apenas a unos metros de aquella cabaña prepararon su ejecución. Los guturales gritos que profería Gilda

atrajeron a los demás vecinos, que lejos de detener el terrible final de la mujer, se unían al coro de voces que apoyaban la muerte de esa bruja que asustaba a los niños tirando piedras en las que tallaba figuras extrañas. El cáñamo mortal no dudó en llevarse la vida de la mujer que cayó con la misma expresión que su escultura con una soga enroscada al cuello.

Al pasar por delante de aquel árbol, en los días sucesivos, los vecinos fueron reparando en la forma del tronco que cambiaba. El verde ramaje del pino fue adquiriendo la silueta de una mujer esbelta, con un brazo que se extendía ondulante a un costado, y cuya corteza se abría en una boca que nos hablaba.

Relato inspirado en una leyenda argentina sobre brujas de la provincia de Mendoza.

Tengo diecinueve minutos terrenales, apenas diecinueve líneas invertebradas. Cruzaré el umbral a las cero cero cero cero. No tengas miedo. Los fantasmas somos gente razonable, de andar por casa o por el aire; y ayer, ahora y siempre flotamos como besos volados. Podemos ver y extrañarnos y de asombro casi resucitar. Y aquí estoy de nuevo, en mi universo canario, entre los que se dicen vivitos y coleando. Y te diré algo, muchacha, muchacho: No eres celta. No eres irlandesa/irlandés. No eres estadounidense. Y si acaso lo fueras, se respeta y se admira, si procede, pero qué me parta un rayo si no te escribo lo que sentí de niño: ¡Qué Halloween ni que ocho cuartos! Quítate eso de la cabeza, las calabazas son pa el potaje. No soy hombre (fantasma) de prejuicios ni dogmas ni extrañas fronteras, pues libre ya del peso de los huesos y la carne, no tenemos más atadura los fantasmas, entiéndeme, que el recuerdo de aquellos que nos recuerdan. Y a eso voy, que el tiempo apremia. En mis años mozos, talega en rastro, tocábamos en la puerta del vecino. Preguntábamos si había santo en la morada. Siempre sí, contestaban. Y venga a llenar la talega de almendras, castañas, higos y nueces. Y entrada la tarde, los mayores rendían pleitesía a los finados, a aquellas y aquellos que un día se fueron y en la memoria quedaron (para estas cosas de la nostalgia no está de más un poco de años). Y muerto ya el día, la gente volvía a reunirse en plazas, salones y zaguanes, para bailar, vivos y muertos, juntos y no revueltos, el baile de la memoria. Recuerda que los buenos recuerdos menean el esqueleto que da gusto.

3er PREMIO 2018 - Empate

Relato: CORDÓN COLORAO

Autora: PAOLA MIREYA TENA RONQUILLA

Es necesario volver al sitio donde uno empezó a morir, para recoger los trozos de alma que se dejó por el camino. Cordón Colorado lo sabía desde niño. A veces pensaba que nadie se lo enseñó y que lo supo de la tierra, de donde viene todo. Su hijito se había muerto en un hospital de chabochis. Una infección de estómago. Él no sabía qué cosa era una infección, solo sabía que los espíritus malévolos se habían metido dentro del niño y acabaron con él. Cuando se lo dijeron no soltó ni una lágrima. Solo oyó en silencio, con los ojos bajos, porque a los chabochis no hay que mirarlos, y se subió en la misma ambulancia que los había traído a él y al niño a la ciudad, para hacer el camino de regreso. El niño no tenía nombre propio, así que lo llamaron también Cordón Colorado, como el padre. Después de varias horas de vuelta a la Sierra, la ambulancia lo dejó en Urique. Ahí había otra clínica de chabochis, pero solo para curar rarámuris. Él se santiguó en la entrada y su hijito muerto recogió un trozo de alma. Aquí en Urique le habían dicho que el niño estaba muy enfermo y que no podían hacer nada para aliviarlo; tenían que irse al hospital grande en Chihuahua. En esa época del año hacía calor en la Sierra pero la camisa y los calzones de manta blanca que le cosió su mujer lo mantenían fresco. Se limpió la frente con sus dedos callosos y curtidos. Cogió su morral del suelo y se lo echó al hombro, y sus huaraches de llanta empezaron a llevarlo a cuestras, como si supieran a dónde iban. Dos días le llevó el descenso y la noche la hizo en descampado, con pan y un trago de tesgüino en la panza. La tierra fue su cama y las estrellas su cobija en la noche cerrada. Ya no había Cordón Colorado que lo mirara con sus ojos enormes y tristes, más sabios que los de cualquier viejo porque había vivido mil vidas nomás nacer rarámuri. Ya no había más llorar de hambre, pero quedito, para no molestar. El niño recogió otro fragmento de alma andando de puntillas para que el padre no se despertara. Al otro día Cordón Colorado se

levantó y ya no se detuvo hasta llegar a su pueblo. Se paró por fuera de la cueva del chamán y lo vio de pie en la entrada. Se saludaron de lejos sin decir nada y esperó a que su hijo recogiera otro pedazo de alma. Llegó al caserío y su mujer supo todo nomás verlo, porque venía solo. Se metió en la choza a buscarle algo qué comer, pensando en su Cordón Colorado, en el padre o en el hijo; a veces se le confundían los dos en el pensamiento, pero no importaba porque al final eran el mismo. Antes de entrar en la choza el padre bajó al hilillo de agua que jugaba a ser río, y buscó el árbol grande del que su mujer se había amarrado las muñecas para dar a luz de pie y a solas, como hacen las rarámuris. Entonces se quedó en paz, viendo cómo su Cordón Colorado cogía el último trozo de alma que le faltaba para entrar al cielo. Cordón Colorado lo sabía: es necesario volver al sitio donde uno empezó a morir, apenas salido del vientre de la madre.

Glosario:

Rarámuri (“el de los pies ligeros”): endónimo de la etnia indígena tarahumara, que habita en el norte de México, específicamente, en la Sierra Madre Occidental perteneciente al Estado de Chihuahua.

Chabochi (“el que tiene barbas”): Nombre que los rarámuris dan a los mestizos.

Huarache de llanta: Calzado ligero elaborado con tiras de neumáticos viejos y trozos de cuero.

Tesgüino: Bebida alcohólica de elaboración propia hecha a base de maíz fermentado.

Cobija: Manta.

Morral: Mochila pequeña.

Mi abuela creía en la magia de la noche de San Juan. Creía a pies juntillas porque mi abuelo y sus prodigiosos ojos azules certificaban que lo que ocurría durante esa madrugada era pura alquimia.

- “Me habían contado que el primer nombre de varón que escuchara por la mañana sería el del amor de mi vida. Así que me levanté de la cama despacito y al abrir la puerta, oí a voz en grito: Valentín, Valentín... Como Valentín era el maestro del pueblo me quedé muy sorprendida y absolutamente desencantada... Debía de ser un error del Santo”.

Pero sí. Ocurrió lo que San Juan predijo. Efectivamente mi abuela se casó un tiempo después con Valentín aunque no con el maestro que conocía sino con otro tocayo, a su juicio, mucho más interesante. Un tipo alto y encantador que pasó por la centralita de Araya en la que era telefonista.

- “Señorita, conécteme con Santa Cruz, por favor... Y de paso con su corazón”. Bueno, para ser honestos, tal vez mi abuelo no dijo esto exactamente pero la verdad es que hubiera sido muy romántico. ¿No creen? A partir de aquel encuentro fascinante, mi abuela consideró que tal y como suponía, la noche de San Juan era tremendamente mágica. Y así nos lo hizo saber durante muchos años.

- “Cuando oscurezca tienen que poner tres papas debajo de la cama. Una pelada, otra a medio pelar y la última peluda. Así sabrán las perras que tendrán cuando sean mayores”.

- “Si quieren presumir de una piel preciosa durante todo el año, lávense la cara con el agua que dejen bajo la luz de la luna esta madrugada”.

- “Pongan varios papelitos doblados con nombres de chicos en un balde con agua y el que aparezca abierto será el del novio que les espera”...

Las noches de San Juan junto a mi abuela quedarán para siempre talladas en mi memoria. Las hogueras con los trastos viejos, el olor a madera quemada, los

colores de las fogatas en las laderas de Candelaria. Los niños sonriendo. Los intentos de saltar tres brasas y los gritos de mi madre de “no hagas eso”. Los nervios al meter la mano debajo de la cama.

Este año cuando llegue la noche más fantástica del año, recordaré los consejos de mi abuela de nuevo. Llenaré una palangana de agua y la pondré mirando hacia las estrellas y también encenderé unas velas blancas si no puedo hacer una hoguera. Lo de los papelitos y las papas, al menos por ahora, está controlado.

Relato: LA TRADICIÓN MÁS ORDINARIA

Autora: VICTORIA ÁNGELEZ PÉREZ ANEIROS

Hay unas cuantas recetas de cocina que tienen la reputación de ser hijas de la necesidad en mi linaje. Incluso algunas que yo considero difíciles de preparar, como la tortilla. Mi padre suele decir que la tortilla es de pobres porque se inventó en la guerra. Su utilidad venía dada de que con casi cualquier ingrediente o sobra podías preparar un jalón de comida para un batallón.

El caso es que mi familia cree que la primera de todas estas comidas «de pobres» tuvo que ser la sopa. Los caldos habrían cumplido objetivos de ablandar carnes y reducir el fuerte sabor de las hiervas. Incluso es posible que esta invención diera lugar, por necesidad, a la fabricación de utensilios. Se denomina proceso autocatalítico: un proceso que se acelera y aumenta con el tiempo porque se cataliza a sí mismo. Por ejemplo, el auge de la tecnología a partir de la Revolución Industrial nos parece impresionante hoy, pero el auge medieval lo fue también en comparación con la Edad de Bronce, que a su vez eclipsó al del Paleolítico Superior. De esta forma, la única sopa que sé preparar, de cebolla, debe ser tecnología punta de evolución de caldos. No tengo pruebas empíricas, pero me queda muy bien aunque hoy en día parezca ordinaria.

Por cierto, si me lo preguntan, la palabra «ordinario» tiene una connotación negativa no merecida. Es común, pero no necesariamente tiene baja calidad. Quizá se relaciona con lo insuficiente porque no hay nada más difícil que hacer de algo ordinario algo bueno. La mayoría fracasa, pero lo ordinario puede llegar a ser preferible si se hace bien. Prefiero mi sopa de cebolla que otra más compleja, como esa llamada harira que hacen en Marruecos. Y que, supongo, allí es ordinaria.

En fin, como iba diciendo, las sopas en cada familia hablan de un proceso de transformación y mejoramiento que crea legado. Mi señora madre, que cree en los remedios, solía decir que la cebolla tiene propiedades antibióticas, así

que para ella es la sopa de los catarros. Fue así, en una gripe de mis progenitores, cuando intenté hacer esta sopa por primera vez. Consistió en dorar cebolla y, a parte, en un cazo, hacer caldo de Avecrem. Mezclé ambas cosas en un plato, puse una rodaja de pan de ajo y, al sumergirla, añadí una loncha de queso encima. Ahora sé que hay muchas formas más elaboradas de hacerlo. Creo que lo simplificaron porque yo no era demasiado mayor. Pero, la verdad, yo nunca la he complicado más. Debería, es ordinaria, pero siempre me ha gustado más lo ordinario. Aunque me pueda permitir comer harira, solo quiero sopa de cebolla. Escribo relatos ordinarios, de cosas ordinarias, porque las cosas ordinarias, al final, son las que importan. Nada más ordinario y corriente, de hecho, que vivir. ¿No es cierto?

Relato: LA PARED DE IRUENE

Autor: JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ LÓPEZ

Acerina, una joven de Adamancasis (actualmente El Paso) acudió, una lejana primavera, con su padre, Tamanca, un pastor de cabras, a los pastos altos cerca del Roque de los Muchachos. Allí vio por primera vez a Belmaco, otro joven pastor de Tagaragre (actual Barlovento). Después de algunos cruces de miradas furtivas, comenzó a surgir el amor entre ambos. Pero Tamanca no estaba dispuesto a permitir que su preciosa Acerina se uniera a un andrajoso pastor del norte; sus planes eran que su hija se casara con un afincado caballero de Aridane.

Aun así, a escondidas, la joven Acerina se escapaba, al atardecer, una vez por semana, a la cercana cumbre para encontrarse con Belmaco. El lugar elegido para sus encuentros amorosos se encontraba bajo la protección de un achaparrado cedro que, gracias a su generosa fronda, los ocultaba de la mirada indiscreta de cualquier mortal. Pero no pasó mucho tiempo hasta que Iruene quiso intervenir para arruinar sus vidas, así que, endiabladamente celoso, se puso como meta acabar con aquel profundo amor de una forma drástica. En una noche de luna nueva levantó una inexpugnable pared que separaría a los amantes, para que les fuera del todo imposible volver a verse.

Cuando Belmaco volvió a su ansiada cita con Acerina se encontró con aquella maldita pared. De entrada, intentó bordearla por ambos lados, pero sus extremos finalizaban sobre elevados riscos, por lo que era imposible pasar así al otro lado. Después, se propuso escalarla, pero, debido a que era muy plana y resbaladiza, tampoco conseguía coronarla. Desesperado, comenzó a gritar: "¡doy mi alma por pasar, doy mi alma por pasar!", pero el eco de su voz repetida por el abismo, acababa ahogándose con el susurro del viento. Aún más derrotado volvió a exclamar: "¡doy el alma y el cuerpo por pasar, doy el alma y el cuerpo por pasar!". En ese momento, del impenetrable muro, surgieron unas abrasadoras lenguas de fuego que acabaron alcanzando al

cedro que escondía sus encuentros. El árbol, envuelto en llamas, acabó acostando su pesado tronco contra el suelo. De las grietas dejadas por sus raíces al caer, fueron saliendo discípulos de Iruene que apresaron a Belmaco y, arrastrándolo, lo obligaron a seguirlos hasta el inframundo. Entonces, la diabólica pared, que más tarde sería renombrada como Pared de Roberto, comenzó a agitarse, y acabó resquebrajándose, dejando un estrecho paso de un lado a otro.

A los pocos días, unos pastores encontraron el cuerpo de Acerina sin vida y avisaron a Tamanca de que la chica que allí yacía era su hija. Tamanca, lleno de pena y de rabia por todo lo que había sucedido, decidió dar sepultura a su querida hija en una ladera cercana al Roque de los Muchachos. Desde entonces, en algunas ribanceras apartadas del camino de la cumbre, puede verse un endemismo palmero, el pensamiento de cumbre, una hierba perenne de la familia de las violetas, con pétalos de color malva pálido y centro amarillo, que florece a principios de cada primavera. Los caminantes más avispados también pueden observar unos atormentados brotes de un viejo cedro, que hunde sus raíces al lado de la famosa Pared de Roberto.

El cuerpo de Belmaco quedó atrapado en un enorme farallón de negro basalto, que está clavado en la parte más profunda de la Caldera de Taburiente, como mudo testigo de un amor que no pudo ser.

Relato: BUENA COMPAÑÍA

Autora: PAOLA MIREYA TENA RONQUILLA

Perdone señor, ¿puede usted acompañarme? La noche es oscura y temo perderme. Busco una casa, no debe estar lejos. No me mire así, con tanto descaro, ya sé que soy hermosa. ¿Le gusta mi pamele? Yo misma prendí estas florecitas que corté por el camino. Y las plumas también, que parecen aves agónicas y bellas, o así me han dicho. Soy coqueta, qué le vamos a hacer. Nada hay que me guste más que atraer al que me rehuye, pero no soporto a los que me persiguen; para esos nada tengo. Ya falta poco, ¿está fatigado? Debe saber que soy bondadosa, y al final le ofrezco descanso a todos, niños traviesos y ancianos ciegos, novias vestidas de blanco y bellos mancebos, campesinos fornidos y reyes que languidecen sobre el trono. Hemos llegado, caballero. Esta es su casa, ¿verdad? Que cómo me llamo, quiere usted saber. Me han dado mil nombres, pero nunca el auténtico. Usted puede llamarme Catrina.

Relato: SAN JUAN CHAMULA

Autora: PAOLA MIREYA TENA RONQUILLA

Esta es la iglesia más extraña del mundo. La fachada encalada está decorada con motivos florales. El interior huele a incienso y la oscuridad es casi completa, solo rota por las llamitas oscilantes de decenas de velas multicolores adheridas al suelo, que está cubierto de agujas de pino formando una alfombra vegetal que crea el camino sagrado para acceder al cielo. El color de la vela varía según la petición y aquí y allá se ven fieles apoyados contra los muros porque en este templo no hay bancos ni sillas, rezando solos o acompañados, llorando, gimiendo o pidiendo en silencio, suplicando a los santos vestidos de diario que habitan en los nichos. De estos santos, algunos miran al frente y otros dan la espalda; así los castigan los feligreses cuando sus súplicas no han sido escuchadas. Hay algunos iloles, curanderos místicos, entonando cantos con un gallo muerto en la mano y una botella de Coca Cola en la otra. Los fieles entran a la iglesia con un espejito colgando del cuello, frente al que se confiesan porque refleja el mal; uno se refleja y no puede mentirse a sí mismo. Al fondo de la iglesia se entrevén varios santos colocados de cualquier manera; estos vienen de otro templo, uno que se incendió y ahora no son dignos de venerarse porque no supieron protegerla. Los fieles indígenas, los tzotzil, festejan bailando durante los cinco días mayas que se perdieron al pasar al calendario gregoriano, días perdidos que no existen, pero ahí están. Y en el equinoccio de verano los jefes celebran portando un bastón que perteneció al mismísimo San Juan Bautista, patrón del pueblo. Dentro de la iglesia está prohibido hacer fotos porque es un lugar sagrado, así que lo que pasa no está registrado y solo se conoce por las narraciones orales. Yo estuve allí y lo que vi te lo cuento. Pero quizá este lugar mágico no existe, y tan solo habita en mi imaginación.

Relato: NO LO HAGAS

Autora: PATRICIA ALONSO SIMÓ

Paseando por las calles de mi anhelada Laguna, retornan fugaces a mi mente, alegres pensamientos de la época de estudiante. Héctor no paraba de hablar por teléfono, mientras yo, enajenada, admiraba todas y cada una de las casas señoriales de la Calle San Agustín. Adoro ese peculiar olor a piedra de los zaguanes; testigos de besos furtivos y cómplices de promesas de amor eterno. Héctor y yo nos conocimos en Madrid. Él estudiaba Derecho y yo Ingeniería Industrial. En cuanto cruzamos dos palabras, supimos que además del acento, nos unía una pura admiración por nuestra ciudad natal. Restaban ocho meses para nuestra boda, y lo único que teníamos claro era que nos casaríamos en la bella Ciudad de los Adelantados. Los rayos de sol se filtraban audaces entre las majestuosas fachadas señoriales. Un beso furtivo y su mano en mi hombro era todo lo que necesitaba para saber que estaba allí, cercano, presente. Casi sin pensarlo, y viendo que aquella conversación se iba a prolongar más de lo esperado, entré con paso firme y esmero en La Casa Lercaro. Mi prometido hizo una señal dejando claro que esperaría fuera. Absorta por aquella arquitectura de claros vestigios genoveses, cuando me quise dar cuenta ya estaba en el patio interior, donde un vetusto pozo, vigilaba cual centinela, uno de los rincones más bonitos de aquel palacio. Escaleras arriba, un cordón dorado impedía el paso hacia una de las estancias, pero mi innata curiosidad me llevó a traspasarlo. Subí tratando de no ser vista, y en un suspiro, estaba abriendo aquella tosca y pesada puerta. Apenas crucé el umbral, un sutil escalofrío recorrió mi cuerpo. Era como si de improviso hubiera hecho un viaje a través del tiempo. Una cama alta con dosel y un diván de madera de nogal, custodiaban aquel aposento, que alguna vez perteneció a alguna joven aristócrata. Inesperadamente, una tenue voz, dulce pero metálica, susurró en mi oído: “No lo hagas”. Casi a compás, una fuerza inexplicable me empujó con firmeza hacia el amplio ventanal. Aterrorizada miré alrededor, pero no había

nadie. Fue entonces cuando entendí todo. Abajo, en la calle, una mujer en estado de buena esperanza lloraba a la vez que discutía acaloradamente con Héctor. Este miró hacia arriba sorprendido, mientras a mí, la vida se me iba. Temblorosa, bajé como pude las escaleras. Héctor entró corriendo, pálido, nervioso y con el rostro desencajado. Agachó la cabeza y dijo: “Tenemos que hablar”. Por cierto, ¿quién era la mujer de vestido blanco que estaba a tu lado en la ventana?

Relato: COQUENA LLEGARÁ

Autora: KATYA VÁZQUEZ SCHRÖDER

«¿Y Coquena dónde está?», pensaba mirando a través de los barrotes de una celda que me tocaba limpiar a esas horas en las que el silencio abría la boca queriendo zamparse la luna. Diría que allí estábamos los animales, la noche y yo —y algún otro compañero de la limpieza—; pero mentiría, principalmente porque las llamas, vicuñas y guanacos que allí descansaban hace mucho tiempo que se encontraban ya en otro lugar, sentados de la misma manera, salvo en aquellos puntuales momentos en que se les alcanzaba el alimento del día, lo suficiente para mantenerlos a duras penas con vida. Abrí la celda de las vicuñas sin que los animales se inmutaran por mi presencia. Aunque corriera sorpresivamente hacia ellos, saltara ante sus pupilas y agarrara el pelaje de uno de ellos hundiendo mis dedos en ese colchón que remitía al pastizal del norte, ninguno se colocaba en posición de defensa. «¿Sabrá Coquena que esto que te han hecho es aún peor que cazarte con armas de fuego?», le preguntaba a la vicuña mientras acariciaba su lomo flaco.

Barrí lo que tenía que barrer y saqué la basura que me era obligación sacar, como todas las noches que me tocaba ser testigo de la decrepitud de la moral humana. A la mañana siguiente el espectáculo volvía a comenzar. ¿En qué se diferencia un circo de un zoológico? Una mujer que agarraba la mano de su hijo señalaba a los animales intentando entusiasmar, no se sabe si al niño o a las vicuñas, con grandes movimientos de brazos. Sin embargo, comenzó a sentir en su cabeza, justo debajo de su sombrero de cuero recién curtido, una cosquilla; luego una presión que le oprimía las sienes cada vez con más intensidad hasta que se hizo insoportable. El sombrero de piel de vicuña, inofensivo, cayó al suelo justo en el momento en que la mujer huía despavorida dejando atrás el eco de un silbido. Me acerqué a la celda, donde por primera vez, las vicuñas se asomaban a través de las rejas. Entré para servirles el forraje, les di el doble de la cantidad permitida, a modo de ofrenda.

A primera hora de la mañana siguiente, los periódicos como panes recién horneados se preparaban para ofrecer la noticia de una manada de llamas, vicuñas y guanacos que se habían escapado del zoológico de Tucumán rumbo a la Puna. Comentaban los ignorantes periodistas que tras un ataque de pánico y demencia, los animales se encontraban fuera de control. Ninguno logró detenerse a observar que la vicuña que encabezaba la tropa tenía el lomo mojado de sudor, justo donde iba montado un duende que de este animal llevaba sombrero, escafpines, casaca y calzón. Porque es Coquena quien se roba de noche las llamas cuando con exceso las carga el patrón.

Relato inspirado en la leyenda argentina del duende Coquena.

Relato: PARTIR ES PARTIRSE EN DOS

Autora: KATYA VÁZQUEZ SCHRÖDER

Hay diversas formas de cruzar una frontera: a nado o a pie, con viento favorable o viento del sur, con VISA o sin VISA, con hambre o con miedo, con retorno o viaje de ida, con vida o sin vida; pero siempre con fuerzas. Es una soledad que duele un poco menos si vas acompañado. Es una historia guardada en cada arruga de la piel, en cada rincón de la memoria, la que me dispongo a contar. Tiene el hombre la mala costumbre de esconder la humanidad poniéndola bien a la vista.

En la aldea, el camino se bifurcaba para Sarabi, quien suplicaba arrodillada todas las mañanas y todas las noches para que el fantasma de la guerra dejara de perseguir a su familia. Pero el cielo había quedado ensordecido con tanto estallido. Despertar cada día temiendo ver a la vida muerta fue lo que la impulsó a seguir las huellas de su marido, quien ya había partido cruzando el desierto. La estrategia era clara: él volvería cuando hubiese encontrado seguridad; cualquier tipo de seguridad, por destartalada que fuera. Pero el horizonte no traía su figura de regreso, y su bebé recién nacido lloraba cada día con más fuerza, aunque estuviera cada vez más débil.

Lo que quedaba de pan y lo que podía llevarse de agua se lo cargó al hombro, junto al niño que parecía presa fácil de los monstruos de las arenas que buscaban saciar su hambre. Se hicieron resistentes al sol, a los espejismos y a la desesperación. Cada paso se hacía más corto y el destino, más lejano. Hasta que finalmente se llega a una orilla, al límite de las fuerzas, al límite de la zanja de tierra. Al otro lado esperaba la esperanza, que siempre es disparada por una ruleta rusa. Sarabi encontró una embarcación, apenas tres maderas superpuestas, que confiaba en que los conduciría a ella y a su hijo junto a su marido y la seguridad prometida.

La realidad balanceaba la barquita queriendo volcarla. El diablo toma la forma del mar cuando estás sediento. Sarabi, con la mano en forma de cuenquito, se

acercaba el agua salada buscando saciar el animal que le rasgaba la garganta a zarpazos. Una lágrima enjuta se tropezaba en su pómulo queriendo enterrarla de sal. Sarabi estrechó a su hijo con las últimas fuerzas contra su pecho.

Mi nombre no es Rómulo, tampoco Remo, pero no dudo de que mi madre fuera esa loba que me permitió vivir hasta que en una orilla me encontraron bebiendo las últimas gotas de su vida. Dicen que en alguna coordenada de la región cuyana de Argentina, muy lejos de aquí, bajo un algarrobo, se encuentra el santuario de la Difunta Correa, madre que escucha los ruegos de los arrieros. Al mar llevo yo mis flores.

Relato inspirado en la leyenda argentina de la Difunta Correa en San Juan.

El primer recuerdo que tengo de mi hermano pequeño es dentro de un coche gris, por la autopista, adentrándonos en los túneles de Güímar. Él acababa de nacer y yo tenía seis años. Después de su nacimiento, mis padres lo llevaban a casa.

Aquel bebé fue un juguete para mí y mis hermanos los primeros días de vida. Sin embargo una noche, ya no pudo dormir. Su cuerpo se estremecía con cada llanto y mi madre no sabía qué hacer para consolarlo. Yo me levantaba asustada y veía cómo ella acurrucaba su pequeña cabecita contra su pecho. Tenía el niño una pelusa en la frente para así ahuyentar el mal de ojo.

Pero pasaron los días y mi hermano no dejaba de llorar. Mi madre angustiada no sabía qué hacer. Un día, bien entrada la mañana, el niño pudo por fin descansar un rato. Y fue entonces cuando ella, cogiendo una ropita suya, me pidió que la acompañara.

Fuimos por un camino de tierra, que conducía a una casa al pie de la montaña. Recordaba haber oído hablar de aquella mujer vestida de negro que nos abrió la puerta. Era doña Mercedes, la santiguadora. La mujer nos pasó a la cocina, y mi madre, sacó de una bolsa de plástico la prenda de ropa que minutos antes había estado en contacto con la piel del niño.

Mi hermano tenía mal de ojo. Alguien con mucha fuerza en la vista había sido el causante de aquel mal, que muchas veces, se provocaba sin querer. En el Valle San Lorenzo estaba doña Mercedes, pero había más gente que sabía curarlo por toda la isla.

La mujer cogió la prenda de ropa y la colocó en una mesa. Rezó en voz alta, y varias veces, la misma oración. Al mismo tiempo, con su mano derecha hacía la señal de la cruz por encima de ella. Luego, con las dos manos, realizaba aspavientos como si quitara algo que estuviera en el aire. Al finalizar el ritual comenzó a bostezar. Después de unos minutos en silencio, nos dijo que el niño

ya estaba curado y que seguiría rezando por él. Mi madre le dio unas monedas en señal de agradecimiento, recogió la ropita de la mesa y nos fuimos. Cuando volvimos a casa, mi padre sostenía al niño en brazos. De nuevo estaba feliz y tranquilo, gracias al poder de Doña Mercedes, la santiguadora.

Unas mujeres venían con seretas en la cabeza. Un trapo enrollado entre la cabeza y la cesta. Con lonas en sus pies recién puestas, pues, por el camino hacia Arona, las llevaban en las manos. Las lonas limpias, porque no habían pisado la tierra. Las moscas revoloteaban en el pescado. Al llegar al pueblo paraban en la misma esquina, en la plaza. Gritaban al aire la mercancía. La intercambiaban por productos del campo. Volvían a la vereda, ahora con la cesta llena de frutas y verduras. Llegaban a la costa, de donde partieron. Un día más, los padres y maridos de las marchantas, de nuevo salían a la mar.

Otras mujeres entraban a la iglesia. Vestían de luto. Las que guardaban el luto por sus padres lo hacían durante tres años de negro. Los tres primeros meses se ponían velo y después un pañuelo negro. A los dos años y medio empezaban a aliviar el luto y podían llevar ropa en blanco y negro, el llamado medio luto. Las que lo estaban por un hijo o por el marido, el luto era de por vida. Por abuelos y tíos estaban de negro un año, y seis meses de medio luto. Por vecinos, delantal y pañuelo de medio luto durante dos meses. Las que se habían casado estando de luto, vestían de negro, con velo blanco. Los hombres, corbata negra o brazaletes en la chaqueta; y para diario, un botón forrado de tela negra, colocado en el bolsillo de la camisa.

Varias mujeres organizaban la matanza del cochino. Olía a pelo quemado. El goro, hecho con piedras al lado de la casa ya estaba vacío. El animal había sido comprado desde pequeño a los cochineros. Engordado con los sobrantes de la casa y al año sacrificado. Limpia su piel, es puesto en una gran tabla para su despiece. Lección de anatomía donde todo se aprovecha. Las tripas para hacer morcillas dulces. Se prepara el chicharrón para sacar la manteca. Se elabora el chorizo de perro. Se conserva la carne en manteca fundida. Para los potajes, es puesto en salazón huesos, costillas y tocino en barricas de madera. Provisión de carne para la familia. Banquete de carne para todos.

Algunas mujeres muy tapadas, se dirigían al campo. Cultivo en tierras sin lluvia. Van a recoger cochinilla. Visten camisas viejas y pantalones para proteger sus piernas de los picos. Cubren sus cabezas con pañuelos y sombreros. En las manos una lata y una cuchara grande de latón de media vara de largo, para desprender la cochinilla de la penca. Trabajo minucioso que armoniza con el carácter tranquilo de la mujer.

Relato: UN CUENTO

Autora: M^a CANDELARIA ALONSO HERNÁNDEZ

Solía visitar a mi abuelo con frecuencia. Algunas tardes nuestras conversaciones giraban en torno a las historias que él me contaba. “Siéntate ahí que te voy a contar un cuento”, me decía. Y comenzaba a narrar numerosas historias y anécdotas, hasta bien entrada la tarde. Tenía mucha habilidad para contarlas, pues enlazaba unas con otras.

Me relataba como la mayoría de los vecinos tenían apodos o nombretes. Por ejemplo, Pancho, su padre, era apodado El Pancita, haciendo referencia a la prominente barriga de uno de sus antepasados. Los Carnavales, Los Noveleros, Los Guapos, Los de la Calle, El Mudo, eran los apodos de los vecinos de la zona. Me contaba, como Antonia Paz Descanse, por ejemplo, fue una vecina de La Tosca, a la que le atribuyeron el nombre después de haberse producido lo que pudo haber terminado en tragedia. Pues, al creer que había fallecido, la amortajaron y casi la entierran en vida.

Relataba entusiasmado mi abuelo, como su madre Eloísa, era recordada en San Miguel por los poemas que componía. Me recitaba uno a uno, los tan delicados poemas, mientras me tendía el libro, para que yo fuera revisando con estupor cómo no se saltaba ni una coma. Me llamaba la atención, cómo mi bisabuela atesoraba en su mente todos aquellos versos, pues no sabía leer ni escribir. Menos mal que con el tiempo, alguien tuvo la maravillosa idea de recopilarlos y plasmarlos en papel, para así poder leerlos muchos años después. Uno de los poemas que más llamaron mi atención, fue el que versaba sobre el zepelín que cruzó el cielo de las islas allá por los años treinta y que ella había podido contemplar.

Me hablaba también de lo que se conocía como promesas a la Virgen o a algún santo. Este hecho consistía en pedirle favores a la Virgen utilizando su hábito, ya fuese ante alguna enfermedad, o cuando un ser querido se embarcaba para América, para que todo le saliera bien. Esto suponía, vestir con alguna prenda

característica durante un tiempo determinado o hasta la cura del enfermo. Siempre que oía este relato, me trasladaba a mi niñez, pues yo misma había estado enferma y me habían vestido durante un tiempo, con un cordón o una cinta amarilla atada a la cintura, dependiendo de si llevaba pantalón o vestido, como promesa a la Virgen de Candelaria.

“Siéntate ahí que te voy a contar un cuento”, son las palabras que resuenan en mi cabeza, cada vez que recuerdo las historias que con tanto cariño me contaba mi abuelo.

Relato: CAPNOMANCIA CANARIA

Autor: NAIM VALERIO YÁNEZ ALONSO

Esta es la historia de don Francisco, aquel hombre sabio que, habiendo viajado a Cuba, ayudaba a sus vecinos con el arte del santiguar. De su paso por aquellas tierras latinas había aprendido los quehaceres ancestrales que se llevaban a cabo con la calada de un puro habano y su humo. Es la historia de don Francisco, la historia del habano y la historia de mi pueblo.

Cuando aquel hombre tan sabio recibía en su casa, tenía preparada una sala para estas tareas, siempre entraba en silencio y observaba a la persona que tenía adelante. Con paciencia y delicadeza, repasaba con sus manos, desgastadas por el paso de la edad, aquel habano. Se los seguían enviando de Cuba, su tierra querida, ya que él no podía ir, sino recordarla mientras su mente tuviera fuerzas. Con la parsimonia propia de aquel acto, prendía una cerilla que sacaba de la caja de su bolsillo. Tras aspirar el puro repetidas veces, recogía con todas sus fuerzas el humo y lo expulsaba directamente a la cara del que viniese. Según su interés, don Francisco curaba a través de aquel humo a los que se acercasen a él e, incluso, llegaba a vaticinarles el futuro y aquellos actos importantes que estaban por venir. Jamás cobró aquel sabio por sus bendiciones ni por su buen hacer.

En una ocasión, recordaba el hombre entre sollozos, había ayudado a su consuegra a evitar que su hija se muriese por un descuido. Don Francisco había predicho que aquella niña podría haberse ahogado bañándose en un estanque, un problema propio de esa época. Gracias a su advertencia, la madre consiguió salvarla.

Murió don Francisco y con él murió el arte del santiguar. Esta es su historia. La historia de aquel habano que tanto ayudó a los vecinos de su pueblo a quitar el mal. Sus vecinos lo quieren, lo recuerdan, lo añoran y mientras pasan los días, recuerdan cómo aquel hombre sabio seguía bendiciendo a todo el que pasara.

Relato: LA ARGOLLA

Autora: NOEMÍ ALONSO GONZÁLEZ

Apenas pudo dormir el caballero esa cálida la noche de verano, un 22 de junio del año de nuestro señor 1453, y pese al buen lecho prestado en casa de Don Alonso de Zúñiga, en Valladolid. Había en el palacio un guarda para su vigilancia, esperándose al alba. Amanecía y al dar Morales cuenta del canto del gallo a su señor, Don Álvaro de Luna se hallaba levantado y vestido, habiendo hecho confesión, como buen cristiano, presto a escuchar su última misa, en la que en silencio comulgó. Gustó de su última voluntad, un sencillo plato de cerezas acompañado de un vaso de vino, solicitando su capa negra para, cubierto con ella, montar a lomos de la mula que lo llevaría al cadalso.

Comenzó el sobrecogedor recorrido por la ciudad, que siguió las paradas similares a las que todavía se realizan para el Pregón de las Siete Palabras en la Semana Santa vallisoletana, solo que el pregonero iba voceando la sentencia terrible contra el caballero.

De pronto ...un silencio...enmudecen todos ante el error del pregonero, quien en un momento dado dijo recibir la muerte D. Álvaro “por su servicio a la Corona” en lugar de “por deservicio a ella”. Vuélvese a él el magnánimo caballero, solemnemente sostiene - “Bien dices, hijo, por los servicios me pagan así. Más merezco.”

Hubo de recorrer muchas calles, tales hoy son Juan Mambrilla, Macías Picavea, y muchas otras, hasta llegar a la actual Plaza del Ocho, donde se expuso el cadalso, un simple tablón sobre piedra que presidía una cruz con teas a cada lado, una sencilla alfombra en el suelo y un madero con garfio en lo alto. Estaba llena la plaza de gentío, dada la no poca fama del caballero.

Majestuosamente, D. Álvaro subió y se santiguó delante de todos, y hablando nuevamente a su querido Morales le dijo: - “Esto es lo postrero que te puedo dar”, y sin más, como si de un hijo se tratara, le entregó su sombrero y anillo.

Fue presa el muchacho del llanto, por la pena de despedirse de tan buen señor, que cuantos presenciaron este momento se emocionaron.

No es de extrañar que el Rey Juan II enfermara poco después de la ejecución, según algunos debido al remordimiento a razón de haber dado muerte a su gran servidor, y así se dice que anduvo ausente hasta su fallecimiento el 21 de julio del año siguiente. Queda hoy en la Plaza del Ocho y en señal de duelo una argolla, pendiente de un soportal, que simboliza en dicho sitio la falsedad de los testimonios vertidos contra D. Álvaro, que dieron lugar a tan injusto juicio y muerte.

Mi periódico me contrató para que fuera a Valladolid a entrevistar a un profesor en la Universidad que había sido premiado. Llegué ilusionado al centro, en entrevista le pregunté sobre su trabajo y su día a día, también me hablo sobre su familia y sus amigos; entendí muy bien porque le habían dado el premio. Al terminar fuimos juntos a tomarnos una café a un bar cercano. Charlamos sobre lo que solíamos hacer investigando y de pronto hizo una mención que me llamó la atención poderosamente. Se trataba de una antigua leyenda que hablaba de un sillón que perteneció a un médico que vivió en el siglo XVI. Se pensaba que practicaba ritos extraños en su casa y más tarde fue juzgado por la desaparición de un niño que había sido visto en su vivienda por última vez, pues bien, al parecer culpó de ello a su sillón, sostuvo durante el juicio que era un regalo de un nigromante navarro y tenía poderes. De hecho, ninguna persona que no fuese médico podía sentarse en él, si lo hacía a la tercera vez moriría. Y si el sillón era destruido, moriría su destructor. Le pregunté su paradero actual, ya que no podía ser destruido. Me dijo que se conservaba en el sótano de la Universidad. Quise visitarlo y me advirtió que no me acompañaría, nunca le gustó la leyenda, así que me dio una copia de la llave del sótano que prometí devolver. Llamé a mi “cámara” y le dije que había encontrado algo que podría sorprender a mucha gente. Al día siguiente fuimos juntos al sótano. Al abrir la puerta estaba a la vista, cubierto con una sábana, que retiré. Era un sillón frailer con abrazaderas de hierro y respaldo de cuero. Como no soy supersticioso, quise probar si era cómodo. Resultaba muy cómodo, tanto que me sorprendió cómo podía ser que este sillón se tuviera por maldito. Al levantar noté un leve cosquilleo. Mi “cámara” quiso probarlo también. Igualmente lo encontró cómodo, pero al levantarse oímos una voz diciendo: - “Siéntate otra vez.” De pronto mi “cámara” empezó a moverse hacia atrás, y como obligado a ello, se sentó nuevamente. Se trató de levantar y

oímos otra vez la voz decir: - “No te levantes”. Mi “cámara” me gritó: - ¡Ayúdame, mi cuerpo se mueve en contra de mi voluntad! Intenté asirle, pero fue imposible. Su cara estaba desencajada, y hacía tiempo que había perdido la cámara. Yo no podía moverme ni avanzar en su ayuda. De repente un humo rojo salió de detrás del sillón y cubrió a mi compañero, al elevarse comprobé que el sillón había desaparecido. Me levanté, cogí la cámara deprisa y abrí la puerta del sótano. La puerta pilló los dedos, mi mano se estaba llenando de sangre... Volvió a salir el humo rojo, esta vez llenando el sótano, una estela geométrica se dibujaba a mis pies y de ella salió un ser extraño: cráneo de cabra y cuerpo de pelaje rojo con garras, alas y una cola que goteaban sangre. Estaba muerto de miedo. De pronto se irguió, se acercó a mi oreja y susurró: - “No te levantes”.

Relato: EL VIVAC

Autor: JOSÉ RENÉ POMILIO

A principios del mil ochocientos, el frío cortante y el murmullo tímido del viento eran los únicos dueños del vasto territorio pampeano. En plena guerra civil y lejos de Buenos Aires, un grupo de gauchos federales con muy pocos recursos buscaba llegar al Chocancharava para pasar la noche en una de sus orillas.

Confiados de que el frío no sería tan violento, emprendieron el armado del campamento con unos cuantos cueros que traían en sus caballos. Ubicaron en el cielo a la Cruz del Sur, dispusieron a la “pared” más gruesa en dirección a ésta y fijaron todo a la tierra con dos o tres lanzas cual estacas. Entre cuero y rama, el reflejo encaprichado de la luna insistía con entrar en las cavernas ambulantes que habían armado. Allí conciliar el sueño era imposible. Luego de una batalla, el cuerpo permanecía en un petrificado estado de alerta, que la helada y el aguardiente parecían no aliviar.

Doscientos años más tarde, desde la pasarela de uno de los puentes que cruza el Río Cuarto, se pueden ver las ciento cincuenta familias viviendo en el mismo lugar donde mucho tiempo atrás unos gauchos pasaron la noche. La helada y el aguardiente todavía perduran, la batalla es diferente, pero batalla al fin.

Relato: SISMO

Autor: JOSÉ RENÉ POMILIO

Cuando la tierra se mueve, la gente suele salir alborotada a las calles. En el apuro manotean de su casa lo que pueden: las llaves del auto, alguna anotación importante, la foto de la tía Nené, la palabra de la tía Nené. Si bien se les inculca a permanecer bajo el marco de una puerta y esperar a que el temblor pase (acciones que garantizarían la integridad física y emocional del sujeto), siempre optan por la necesaria y colectiva acción de salir. Dicen que agazapados y apretujados el uno al otro, pueden darse ánimos ante la inminente pérdida. Si uno se cae, otro lo levanta. Nadie puede realizar algún movimiento fuera de guión, y por supuesto, nadie puede forzar a otro a hacerlo. Pero eso no se aclara, la necesidad y el miedo organizan la acción. La esquina parece un buen lugar donde congregarse, el espacio es abierto y el pequeño parque al frente de la escuela primaria es el escenario ideal. En algún momento empieza a soplar el viento. Lo hace con fuerza y trae consigo susurros de sonidos lejanos. Igual se alcanza a percibir muy bien el marchar de la gente, el crujir de vidrios rotos, algunas explosiones. Ante este escenario, el barrio empieza a organizar su propia marcha, y para eso es necesario abrirse paso y organizar filas simétricas que comiencen a caminar guiados por los sonidos del viento. Aquí es donde las familias y los grupos de allegados se toman fuerte de la mano para no quedar atrapados en diferentes facciones. Con la llegada de grupos embanderados con gran cantidad de pancartas de distintos colores, encontrar a un cercano entre la multitud representaría realmente un imposible, por más cercanos que resultaran ahora todos esos desconocidos.

Los cantos se unifican y de repente el silencioso barrio es un solo grito de lucha. El pulso moderado lo va marcando el sonido de unas cuantas ollas golpeadas en simultáneo; una de ellas es un viejo ejemplar de aluminio en donde la tía Nené hacía sus sofritos. “Cuando la tierra se mueve m’ijo, retener al pueblo bajo el marco de una puerta es imposible”, decía.

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2019

Eternas serpientes malhumoradas	43
Tierra removida	45
Una ocasión especial	46
No te olvidé	47
El regreso	49
En todas partes	51
Amor sin barreras	52
Consejos de escritura para principiantes	53
Monotonía	54
Domingo	55
Prólogo de un corazón	56
Tenerife	58
Hypatia	59
¿Por qué tú?	61
Doña Lola	63
Príncipe de ébano	65
Violencia	66
El último recuerdo de Bonnie y Clyde	67
La crisis	69
Un recuerdo especial	70
Perrito Bonito	71
Cierra los ojos	72
Línea 126	73

Es hora de irse	74
Tedio	76
Un matrimonio de ley	77
261	78
D8, E6	80
Mi cuadro	82
El sabor del pasado	83
Ausencia	84
Deseo azul	85
El revolver	87
El vino y el vestido	89
Este no es el camino	91
Mi amigo favorito	92
La contabilidad	93
Vivir	94
Los testigos declaran que fue ella	96
Pardoniana y castroniana	98
Raíces	100
El cantarito	101
Centuria	102
La tragicomedia incógnita de las botellas de agua	104
Baños terapéuticos	106
Las cinco fases del duelo	108
Ojos ambarinos	110
Otoño terminal	112

Relato: ETERNAS SERPIENTES MALHUMORADAS

Autora: EVELYN BEATRIZ HERMOSILLA MÉNDEZ

Tras una noche inquieta, de sueños preñados de pesadillas, acompañados del concierto agorero de ladridos, aullidos y rebuznos, saltó del camastro que compartía con su guagua abrigando con ternura su cuerpo mínimo. Se entretuvo para admirar con reverencia, en la penumbra del alba, los ojos rasgados y la abundante cabellera negra, distingo de su indómita raza; sonrió complacida. Se vistió con las prisas de las madres despertando a la niña, Lilén, para que la acompañara en su tarea. Avivó la lumbre del hogar que permanecía también medio dormida bajo un manto de cenizas en mitad de la ruca, acercó la tetera, negra de hollín, y pronto compartieron, en silencio, el mate que les calentaba el cuerpo, y la tortilla de rescoldo que les contentaba las tripas; hoy era veintiuno de mayo, día de fiesta. Al acercarse al corral percibió a las ovejas inquietas, y al husmear en los nidos en busca de huevos, a las gallinas, nerviosas. Aguzó la vista por si les visitara un puma anciano extraviado desde lo más profundo del bosque, pero al saludarla el perro, apocado, moviendo la cola, sacudió la cabeza obligándose a olvidar su mal presentimiento. Se despidieron de la vieja machi que se disponía ya a recolectar hojas del árbol sagrado para sus ungüentos, que calmarían la encía afiebrada del pequeño que aún dormía, y echaron a andar hacia la cala. La mañana era gris, y la neblina fría y espesa se colaba por el tupido poncho como puñales. Cuando se hallaron lejos del caserío que despertaba con sus lenguas de humo flotando sobre la paja de los tejados, cantaron. Cantaron en honor de Lautaro, Galvarino y Orompello, y otros tantos gallardos guerreros mapuche hasta que vieron el azul del Pacífico. Bajaron la ladera del cerro aferrándose a la espesa vegetación nativa, una vez llenaran el saco de mariscos, debían ascender por el mismo sendero resbaloso cuidando bien sus pasos. El cielo,

oscurecido de gaviotas que graznaban su histérica huida de la costa precedió al terremoto. Madre e hija, zarandeadas con inusitada violencia, rodaron colina abajo para ver como se rajaba la tierra con un estrépito de fin de mundo.

- ¡Trentren vilu, mamita, rápido, que viene Caicai vilu! - dijo Lilén con un hilo de voz, aterrada, viendo retroceder el agua de la playa.

Otra vez, las dos serpientes ancestrales se peleaban modificando la abrupta geografía del sur de Chile; la una golpeaba la tierra con su cola, haciéndola temblar, y la otra, enfurecida, agitaba las aguas generando el tren de olas que se acercaba ahora a la costa rugiendo, amenazando las diminutas espaldas de las mujeres que subían la ladera a la carrera, rogando, como muchos antes que ellas, la protección de los dioses.

Guagua: bebé o niño de pocos meses que todavía no camina.

Machi: Chamán encargado de curar las dolencias físicas y espirituales.

Mapuche: Pueblo indígena del sur de Chile y Argentina, cuyo significado en mapudungun es gente de la tierra (mapu:tierra y che:gente).

2º PREMIO 2019

Relato: TIERRA REMOVIDA

Autora: PAULA TENA RONQUILLO

Pase si quiere esperarlo, pero no sé a qué horas vuelve. Siéntese. Estoy haciendo café. Aunque quién sabe si él podrá ayudarle, seguro volverá borracho. En eso se parece a mi primer marido, ¿sabe usted? Matándose a trabajar durante el día y saliendo a buscar bebida en cuanto se pone el sol, como queriendo compensar. Hoy estuvo cavando toda la mañana en el jardín, quería plantar un árbol, me dijo. Pero el alcohol le ha afectado la cabeza. Se pone violento, se imagina cosas. Que la sopa está muy fría o muy caliente; pero siempre tiene la misma temperatura, se lo aseguro. Mi primer marido era igual. Muy salada la sopa, muy sosa la sopa. Y qué puede hacer una para defenderse, qué puede contestar cuando no la dejan ni hablar. ¿Quiere un trozo de pan? Lo hice yo misma. Alcánceme el cuchillo, haga favor; sí, ese sobre la mesa. Como le dije antes, no sé a qué horas vuelve. Todos los hombres son iguales. Mi primer marido me dijo una noche que no se tardaba y no volvió nunca. Pero no lo lamenté. No era bueno, ¿sabe usted? Ah, estoy divagando. Mi esposo no ha estado bien, piensa cosas que no son. Como hoy, que cuando estaba cavando en el jardín me dijo que había desenterrado unos huesos, como de animal grande. Se le salían los ojos de la cara de puro miedo. ¿Se va usted? No pise la tierra recién removida, por favor. Hoy tengo que plantar un árbol.

La anciana fumaba en el balcón porque su marido no soportaba el olor a cigarro en las habitaciones. Seguía haciéndolo en el balcón a pesar de ser viuda desde hacía diez años, porque si fumara dentro sería como un dejar ir al amado esposo y empezar a olvidarlo. Un día tocó a la puerta una rubia con cara de mal agüero y cuerpo de nube negra.

- ¿Está don Pedro?

- ¿Qué quería? - contestó recelosa la anciana.

- Soy su hija.

A la deriva en el soponcio que le dio escuchó la historia de la rubia. Su madre se había negado toda la vida a revelarle dónde encontrar al padre y solo le dijo su nombre. Ella le escribió a todos los Pedro Pérez que conocía, sin obtener respuesta. Solo en el lecho de muerte la madre le confesó cuál de esos Pérez era el suyo. ¡Mi marido se llamaba Pascual! dijo por toda respuesta cuando le cerraba la puerta en las narices a la rubia. Entonces se sentó en la mecedora de su Pedro, encendió un habano que guardaba para una ocasión especial y empezó a fumarlo poco a poco dando largas caladas, mirando entre las volutas de humo el rostro difuminado de su ahora bien difunto marido.

Nunca hubiera imaginado que aquellas palabras fueran el inicio de un sentimiento tan fuerte. Después de tantos años seguían talladas en su cerebro. «¿Has visto cómo te ha mirado esa mujer?».

Ya en su casa, invadido por una alegría inexplicable que se mezclaba con la curiosidad y una fantasía desbordante, dibujaba un rostro invisible que solo sus ojos podían ver. Era ella, esa mujer que había visto mientras caminaba por su pueblo y en la que sus ojos no se hubieran fijado si no fuera por aquella frase. El pelo rojizo, los ojos rasgados y verdes, y unos labios sonrientes.

A partir de aquel momento sus encuentros fueron casuales. Se veían en terrazas, en donde cada uno tomaba café en mesas distintas con sus amigos, aunque las miradas cómplices se sucedían. En dos ocasiones estuvieron solos y nadie pudo interrumpir entonces sus miradas. La primera noche, la cena estuvo rebosante de conversación, que terminó cuando oyeron cantar a los gallos a las seis de la mañana. La segunda noche fue la despedida. El adiós de ella por un cambio de destino laboral. Tendría a su familia más cerca, pero la alejaba de la isla a donde había llegado hacía diecisiete años.

Los meses siguientes a su marcha él sentía rabia. Se hacía preguntas para las que no lograba respuesta, pero así pasaron años. Por último, solo quedaron unos mensajes navideños entre los dos. Él pensó que no servía de nada escribir mensajes que solo le devolvían recuerdos de todo lo que quiso decirle y no supo. No tenía sentido seguir pensando en esa mujer de la que estaba separado por un océano. Era mejor olvidar.

Once años más tarde el pasado resurgía por otra frase, esta vez dicha por una mujer dolido: «hasta que no cierres ese libro que ella dejó abierto, no serás capaz de besar a otra mujer con la pasión que merece». De nuevo, ella. Se entusiasmaba al recordarla y la calma lograda durante esos años, se desvanecía. El incendio controlado surgía ahora de sus cenizas con una

virulencia inesperada, pero esta vez estaba dispuesto a extinguirlo. Consideró que la mejor forma de hacerlo era contactando de nuevo con ella... pero ¿qué decirle después de once años? La respuesta se la dio el mes julio. Por entonces se celebraban las fiestas del pueblo y la clave era el día de Santa Ana, la patrona.

Después de semanas practicando un mensaje sincero en las servilletas de las cafeterías, lo había conseguido. Llegó el día: 26 de julio, onomástica de San Joaquín y Santa Ana. Cuando el reloj marcaba algo más de la cinco de la tarde, él buscó su número de teléfono para dar el paso. Sintió que al hacerlo aumentaba su ritmo cardiaco. Se sentó en el sillón de la sala y comenzó a escribir aquel mensaje que tanto había practicado. «Casi sin darnos cuenta ya han transcurrido algunos años desde la última vez que nos comunicamos. Sin que pueda servir de excusa, ya que en más de una ocasión he pensado en escribirte, no me había atrevido hasta ahora. Esta vez sí... Feliz día de tu santo, feliz día de Santa Ana». Apretó el botón de enviar y suspiró, intentando acomodarse en el sillón con el deseo de que su mensaje fuera respondido lo antes posible. De otra manera no podría cerrar esa página del libro de su vida que aún continuaba abierta.

Estamos cansados del largo viaje. Hemos dejado atrás nuestra Venezuela querida, nuestra casa, amigos, ilusiones... Y la isla nos recibe tan diferente. Cuando entramos a Candelaria los edificios me impresionan. Cómo ha cambiado este pueblo chico desde que me fui. Al llegar al principio de la calle Santa Ana, quiero parar. Desciendo del auto y comienzo a bajar lentamente la calle. Mis ojos deben acostumbrarse de nuevo a la luz del atardecer.

- ¡Ay! Ya no está el motor de la luz, ahora está solo cuando se nos va la luz. - Pienso mientras mi corazón se llena de recuerdos. - ¿Y Julio, el zapatero?, ¿y sus hijos? Tampoco están.

Ya no están amontonadas las piedras para Amelia, María Lola, y otras en el lugar en dónde jugaban a la lotería. Ya no se ve el trasiego de cemento en «casa Pucho», y la Morra está asfaltada; lo que sí veo es «la Cruz», derechita como siempre. Sigo bajando la calle y el olor a geranios, claveles y rosas del jardín de Nemesia no me llega. Al fondo está la venta de Chicha, pero está cerrada y el chorro del agua lo han quitado. El griterío de los chiquillos me lleva a la plaza de Santa Ana, pero los niños no están, la plaza está nuevecita, pero fría y la iglesia está cerrada.

Con los sentimientos agolpados en mi garganta, retorno sobre mis pasos, y otra vez en la calle tampoco veo el taller de mecánica de Juan. Busco a los guardias civiles, que tampoco están, ahora en ese lugar hay un archivo que también está cerrado.

En la escalinata me detengo. Paco no está sentado en el muro y Estrellita con sus colorettes y voz chillona no se asoma al ventanal. Tomo aire y continúo bajando. Me detengo en el Pino Canario esbelto, pero tampoco el pino está. La maresía me inunda hasta el alma. Las estatuas de los guanches sí están, pero diferentes, aunque si levanto la mirada se muestra imponente la Basílica blanca

con su torre alta. Suenan las campanas, la melodía del himno de la Virgen, son las siete de la tarde. La morenita me espera dentro. Resbalan, ahora sí, las lágrimas sin parar. ¡YA ESTOY EN CASA!

A medida que nos acercábamos al puente de piedra mi corazón latía con más fuerza, una sensación de ahogo se apoderaba de mí, no quería volver la mirada hacia la ventana superior del caserón que estaba a nuestra derecha, entorne los ojos, respire y continúe en silencio. La conversación de Daniel me devolvió al presente y disfrutamos del paseo hasta los jardines de la Villa Balbianello, el paisaje nos arroja y consigue que creamos que pertenecemos a este trozo de Tierra. Sin prisa, recorremos el ancho sendero que nos devolverá al embarcadero, de nuevo, la sensación de ahogo al pasar bajo el puente. Esta vez no puedo ignorar que mi estado de ánimo se ve alterado, y me sorprende la serenidad con la que Daniel me habla.

- No te preocupes, está solo mirando, parece perdida, pero es tierna y no es tan vieja...

Tomé aire y sin poder dirigir el caudal del mismo, susurré.

- ¿Tú también la ves?

- Claro, mamá, no recuerdas que te conté lo que me pasó hace mucho, quizás no le diste importancia, era mi adolescencia loca, pero fue real, yo también veía el fantasma de la abuela. Estaba claro que aquel episodio le marcaría para siempre. Si podía ver a la abuela, también podía ver a los demás. Ya en silencio, recorrimos las callejuelas de Lenno y regresamos en barco. Mientras el agua del lago salpicaba los cristales de mis gafas, recordé que esta vez viajaba sola, que los recuerdos aunque reales no me pertenecían. Los bellos rincones que visitaba, lo que comía y lo poco que conversaba, no me devolverían a mi amado hijo, y aunque le veía nítidamente sentado a mi lado nadie más podía. Regresar a Italia no había sido una buena idea. Él está en todas partes y yo, en ninguna.

Relato: AMOR SIN BARRERAS

Autor: CRISTIAN HERNÁNDEZ MARRERO

María tiene 66 años, es activista y natural de Lanzarote. Durante toda su vida estuvo dedicada a la enseñanza y en la lucha por alcanzar la igualdad real entre hombres y mujeres. Su vida cambió en el año 2016, cuando conoció a Laura en una manifestación. Laura, de 72 años y natural de Barcelona, acudía por primera vez a un encuentro, con el fin de conseguir que, valores como el respeto y la igualdad, fueran iguales de efectivos en cualquier de los dos sexos. La pareja de activistas, que no se conocía, intercambiaron teléfonos para mantener el contacto y asistir juntas a más concentraciones. Sin embargo, a medida que pasaban los días y ambas mantenían el contacto telefónico, María se dio cuenta que sus sentimientos hacia Laura eran cada vez más fuertes. Y le pidió que caminara a ella el resto de su vida. Laura, que nunca había estado enamorada de ninguna mujer, aceptó la petición. Y a los dos meses, la pareja de ancianas concertó un encuentro en Barcelona.

El 8 de septiembre de 2016, María llegó a la estación de Sans con la ilusión de ver a Laura y abrazarla después de tanto tiempo. “Cuando la vi llegar le dije, Laura. Vino hasta donde estaba yo y nos abrazamos fuerte, nos dimos un beso y comenzamos a caminar juntas y... hasta ahora”.

A partir de ese día Laura y María se dieron cuenta de que estaban hechas la una para la otra. Ambas vieron cómo sus sueños se fueron consolidando y demostraron a la sociedad que el amor no tiene edad. María encontró en Laura la sabiduría que siempre había buscado. Y Laura el carisma de su amada, que parecía un ángel personificado.

Actualmente, viven juntas y están con los preparativos de su boda que será en octubre. Quieren permanecer unidas el resto de sus días. Ahora se apoyan la una en la otra, se abrazan, se quieren y aprenden cosas nuevas cada día. Ya no piensan en vivir en soledad, sino en libertad.

Relato: CONSEJOS DE ESCRITURA PARA PRINCIPIANTES

Autor: DAMIÁN MARTÍN MARRERO

Lo más importante es saber sobre qué se quiere escribir, aún siendo irrelevante la superficie en la que apoye su ordenador o pergamino: el buen amor está a la orden del día, aunque poco queda por inventar; el malo vende mucho y se olvida rápido. La muerte debe tratarse con precaución: la de un padre es objeto de coplas, la de la amada típica y la del autor facultativa (aunque revaloriza su obra). Existen fuentes de inspiración recurrentes: de la guerra se vuelve con muchas ideas, y se aconseja que con vida. No obstante; un descenso a los infiernos es garantía de buen material, aunque dificulta la edición.

Lo que escriba estará inevitablemente ligado a sus costumbres y vivencias. Lea mucho, pero no demasiado, le hará perder la cabeza. Busque amigos, tanto suyos como de la francachela, con ellos podrá inspirarse. También hallará enemigos, de gran nariz o mirada torcida, a los que ha de insultar con saña. Vea mundo y nunca desande caminos ya recorridos. Hágase a la mar, y ejerza unos años la piratería. Al final, volverá como las golondrinas, y se lamentará por las tierras perdidas y un pasado glorioso. Beba de lo cotidiano, de lo destilado y de lo fermentado; pero evite mezclas, dan dolor de cabeza.

La forma es crucial. Si es poeta, piense como pintor; si opta por la novela, como arquitecto; y si prefiere el teatro, como músico. La prosa alegre es para las mañanas; los versos más tristes nacen mejor cuanto más de noche, con la Luna de testigo y el silencio vigilante. Tenga siempre esperanza, no se obsesione con la fama ni luche contra el cronómetro, sólo desordenará su obra. Y lo más importante una vez el trabajo esté hecho: no pierda la ocasión de hablar de su libro y desconfíe de los apicultores.

Por la mañana, como de costumbre, despertó cuando los primeros rayos de luz atravesaron la ventana. Tenía los nervios a flor de piel. Sabía que se enfrentaba a un desafío gigantesco; una guerra que creía perdida de antemano, pero de la que no podía escapar. Se vistió en silencio, de forma mecánica. La batalla ya había empezado: en cada acto de rutina interrumpido por pensamientos intrusivos, en los recurrentes impulsos de detenerse y volver a la seguridad de la cama. Trincheras que iba conquistando metro a metro cuestionándose la futilidad de cada paso. Barreras que sorteaba a diario. No era, ni mucho menos, la primera vez que se enfrentaba a este ritual. Tampoco parecía que fuera a ser la última, y es que las jornadas se sucedían sin variaciones, inmisericordes ante cualquier signo de apatía y totalmente ajenas a las pequeñas mejoras y recaídas. Llevaba tiempo en ese lugar, un lugar mental al que casi se había acostumbrado. A veces, incluso le costaba recordar la sensación de no estar allí, en su propia prisión interior. Se había mimetizado con el silencio. La idea de resignarse nunca dejaba de sobrevolar sus pensamientos: si aceptaba las cosas como inmutables no haría falta seguir con la lucha. Pero continuaba, con una tenacidad cuyo origen no comprendía, pero agradecía. Una vez tuvo todo preparado, tomó sus cosas y se dirigió a la puerta, vacilante. No quería. O sí, pero no se sentía capaz; debía elegir entre enfrentar el exterior impredecible y hostil, o abandonarse a la reclusión y el silencio. Un dilema imposible de resolver. La puerta se abrió dejando paso a la calle. Esos segundos le parecieron interminables. Respiró el aire de la mañana. Llegado ese punto no existía la opción de retroceder. La brisa gélida arrancó varias lágrimas de sus ojos. Tratando de no pensar más allá de los movimientos que realizaba su cuerpo, pisó la calle. Luego otro paso. Tres. La presión se su pecho disminuyó y se obligó a esbozar una media sonrisa. Había ganado la primera batalla.

Relato: DOMINGO

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

Este es un poema escrito a caballo entre las dos orillas del mar de los sueños... Domingo, esa palabra de siete letras que me acompañará el resto de mi vida en honor a mi padre y a mi abuelo. Pero no es de mi nombre de lo que quiero hablarle a usted hoy, no, sino del séptimo día de la semana. Un día triste porque significa el final, el final de la semana, el día en el que termina el descanso, la fiesta, el relax... En el que se acaba lo bueno para dar paso a lo malo, al temido lunes con sus madrugones y con sus prisas. Por ello es el domingo un día triste en el que pasamos contando las horas para el final de lo bueno, e incluso hasta el tiempo lo sabe. Son la mayoría de domingos que recuerdo días nublados, parques de luz, de sol, y de alegría en general. Y en los que, para dar más sentimiento de tristeza, ha asomado la lluvia anegando las calles y también cualquier esperanza de un final de semana alegre y optimista. Esos domingos donde el bullicio cesa y da paso a un cruel epílogo de la obra, en el que la escena se llena de un total vacío y tristeza, para así concluir nuestra semana. Para más desgracia, fueron también muchos domingos cuando nos dijimos adiós entre palabras mudas, y es por eso por lo que el domingo se me antoja un día triste y desolado en el que se para todo. E incluso hasta los sueños dejan de florecer en nuestra alma durante esas dos vueltas de reloj. Y es que, en definitiva, quiero que sepa que desde su partida, señorita, yo ando viviendo mis días en semanas de siete domingos. A ti, gracias por ser mi guía en aquella noche de niebla...

Relato: PRÓLOGO DE UN CORAZÓN

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

En determinados momentos de nuestra vida, nuestra alma se convierte en un ballet donde los bailarines aparecen y desaparecen de la pista. Un ballet donde dichos bailarines, que no son otros que nuestros propios sentimientos, llegan y se van, creando así una coreografía interior que a su vez desemboca en nuestros actos. Es en ese momento cuando sentimos lapsus de ira y felicidad, de tristeza y alegría, como si masticáramos un manjar exótico que nos sabe a dulce y a salado a ratos, a agrio y a amargo. Pero, ¿Se pueden clasificar los sentimientos? ¿Hay acaso sentimientos buenos y sentimientos malos? ¿O son las circunstancias las que convierten en virtud o defecto a los sentimientos? ¿Acaso no es malo el amor cuando nos hace volvernos locos por alguien inalcanzable? ¿O es que no es bueno el miedo cuando nos hace pisar el freno en nuestras noches de conductor temerario y así nos salva la vida? ¿Alguien duda aún que la ira es una virtud si nos hace negarnos a desfallecer y seguir adelante? ¿O que no hay mayor defecto que ser demasiado bueno? En definitiva, es esa peculiaridad la que le da magia a los sentimientos, el no saber si cuando actuamos estamos haciendo lo correcto o lo incorrecto, el no saber si nuestra acción espontánea, esa que nos ha salido del alma, ha sido de buena persona o de mala persona. En una palabra, eso es lo increíble de los sentimientos, y es lo que hace que estos, junto con los sueños, sean las dos únicas cosas incontrolables de la vida, y por eso tienen tanto valor. No obstante, podemos casi no equivocarnos jamás, podemos escondernos en un caparazón interior y negarnos a expresar lo que sentimos realmente. Seguramente erremos mucho menos que el resto de personas, pero viviremos también mucho menos, y no me refiero a la edad, sino a la esencia de la vida.; Así que el consejo de este humilde ignorante, es que siempre seamos nosotros mismos y jamás nos escondamos en nuestro interior jamás, aunque en nuestra alma sintamos aquello que se considera

erróneo. Y no por eso que dicen de que nunca se ha escrito nada sobre un cobarde, o por eso otro de que el que no arriesga no gana, sino porque los fracasos son pasajeros en nuestra mente, pero los éxitos son eternos en nuestro corazón.

Relato: TENERIFE

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

Salí de mi letargo y me hallaba sentado sobre una gigantesca cumbre. A mis pies, un vasto terreno volcánico de formas caprichosas se extendía ante mí. Mi boca, mi boca tenía un sabor dulzón y a la vez salado. Mi paladar tenía un ligero gusto a trigo y a millo. De Repente mi cuerpo se estremeció de frío, y me di cuenta de que me hallaba sentado sobre un enorme manto de nieve del que mis ojos no pudieron ver el final, salpicado por pinos canarios y laurisilvas, que traían a mí un fuerte olor a resina, a hierba mojada, cuyo frescor me entraba por la nariz, y más que a los pulmones, me llegaba al alma. La parte derecha de mi cara de piel tostada, se hallaba salpicada por la fina llovizna del alba, mientras que un enorme sol que nacía por el este me obligaba a cerrar mi ojo izquierdo, y a usar mi mano derecha a modo de visera para cubrirme. Fue entonces cuando pude distinguir seis formas de color azul oscuro que se dibujaban en un inmenso océano, el cual se extendía incluso más allá del infinito. Cerré los ojos, y entonces subió desde la falda de esta majestuosa cumbre y hasta mis oídos, un eco que pronunciaba siete letras, que sin saber lo que eran dibujaron una sonrisa muda en mi cara... ¡Guanche! Y de repente, y como si de un relámpago se tratara, volví a caer en mi dulce letargo en lo alto de aquella inmensa cumbre, y en cuestión de segundos el frío cesó para dar paso a una calidez indescriptible, y aquella desconocida cumbre me acogió en su interior, transportándome a una paz eterna. Aquella cumbre se convirtió en mi corazón eterno. Una Cumbre de la que desconozco su nombre, pero desde la que se ve un cielo azul que se extiende incluso hasta más allá de la imaginación, de la que las estrellas parecen bailar ante tus ojos, y de la que si extiendes tu mano, puedes tocar incluso hasta los sueños.

Los números me fascinan. Tan exactos, infinitos, sin oportunidad de equívoco, infalibles. Los números son la tabla de salvación cuando en mi vida no existe la armonía.

¿Sabes que para mí representas el número 1,61803398874989? ¿Y qué cada vez que estamos juntos, tanto que no queda ni asomo de distancia que medir entre nosotros, yo te calculo?

Te calculo en cuanto mis ojos se clavan en tu anatomía, raspando tu coraza superficial, repasando con lentitud cada trozo de tu piel. Cuando me acerco abrazando tu espalda dejando que cada uno de mis senos estreche su longitud. Cuando contoneo mis dedos a lo largo de tu pecho descansando en tu ombligo, expectante ante mi llegada. Cuando resuelvo desencadenar el frágil nudo de la toalla que te envuelve la cintura con mis manos autoras de tal fechoría. Cuando en tu desnudez, mis hábiles exhalaciones disparan, directas a tu cuello, dardos que hacen que te sublimes. Cuando el recato expira rápidamente en los pequeños mordiscos que te propicio en cada uno de tus omóplatos. Cuando, sin que se note mi precisión, te giro para darte mis labios callados de vergüenza, pero pertrechados de intención. Cuando sin más presentación me encargo de llegar a tu llamada firme, férrea y la agazapo con mi carnosidad. Cuando me levanto frotando mi cuerpo por el tuyo como la lija de un carpintero que pule un trozo de madera noble. Cuando me encajo entre tus piernas dejando que mis muslos se abran dóciles pero seguros. Cuando sin haber nada más entre nosotros, hago que mi hueso envuelva tu sólido, pero tierno apetito. Cuando me muevo, cuando te mueves, cuando respiro, cuando suspiras, cuando me miras, cuando te sonrío, cuando se da por terminado nuestro desliz de compartir ... Yo te sigo calculando; calculo ese maravilloso número en cada parte de ti, ese 1,61803398874989 que es la medida de la proporción áurea; según algunos el número de la belleza estética, según otros un número místico,

para mí es el número por el cual, en ocasiones, soy capaz de perder el sueño para recuperar parte de mi armonía.

Mi nombre es Hypatia, que significa excepcional y es nombre de mujer.

Relato: ¿POR QUÉ TÚ?

Autor: FERNANDO RODRÍGUEZ GIL

¿Por qué TÚ? ¿Por qué empezó todo? ¿Qué hizo que todo me recuerde a ti, me preguntas? Te miro sin saber que decirte, sin saber por qué tú aroma me devuelven a ti. Miles de preguntas me surgen. Si me lo permite te voy a regalar un cuento, quizás podamos dar sentido a tus inquietantes preguntas.

“Era si una vez un niño de un pueblo muy lejano, con olor a musgo y mar, de pescadores con océano como hogar y piedras como sendero para sus pies curtidos en busca de lapas y burgados. El silencio se hace con cada murmullo de las olas bravas, enfurecidas por motivos desconocidos. Entre casas humildades de carreteras de tierras estaba ÉL, creciendo con una gran fortaleza y superación.

En un lugar más lejano, pueblo de cuatro caminos de tierra, con el viento como susurro que removía los secretos en todas las direcciones, con olor a tierra y humildad. Un sitio donde la nada se empieza a perder, fuera de las afueras, lejos de lo lejos, allí estaba ELLA, humilde y alegre por naturaleza.

Pero una noche de verano y calor, 15 de agosto, fiestas de aquél pueblo costero, sucedería algo que cambiaría sus vidas. Ella, con su traje amarillo, su juventud por bandera, deslumbrante y su preciosa sonrisa puesta, entró en aquella plaza con seguridad y firmeza. Él, que nunca había visto una sirena, fue directo hacia Ella y sin pensárselo un segundo se hizo presente con su característica educación y galantería poética para presentarse, dedicándole una canción y ahí..., ahí quizás empezó TODO.

Y aún tú, sabiendo todo esto, me preguntas porque camino en silencio por tus calles hoy empedradas. Aún me preguntas porqué me siento en tu plaza a escuchar la música que pudo haber cantado mi padre mientras que mi madre lo miraba con sus ojos tiernos. Y aún me preguntas porque me siento ante tu Señora para agradecerle el tener tantos recuerdos hilados entre sí. Y aún me preguntas porqué camino por tus playas dejando volar mi imaginación con el

recuerdo de las veces que me bañé allí y escuchaba el acariciar de las piedras, o las veces que comimos paella en la Pozo o en la Cueva de San Blas o iba con mis hermanos a la Hornilla o tiraba piedras al mar desde los guanches o las veces que mis padres me traían de vacaciones a tu casa. Tantas y tantas veces que te recorrí jugando con mis primos, en la higuera, en el campo de fútbol y yo sin saber por qué tu aroma me devolvía a ti. Ese recuerdo incesante que anda por mi cabeza, las historias que me contaban sobre ti, de tu escuelita pequeña, de la Casa de puertas verdes, los cuentos de papá sobre La Galana, de mamá sobre cómo empezó TODO. Todavía de cuando en cuando vuelvo a ti, a ver si me cuentas secretos nuevos. Hoy ya sé por qué TODO me lleva ti, que la respuesta no estaba en mi cabeza sino en mi corazón, que TODO me conduce a tus raíces, a tus rincones, a tu aroma a musgo, mar y sentimientos. Hoy ya sé por qué te quiero tanto y no puedo vivir sin verte ni sentirte. Hoy ya sé que eres una gran familia que te acoge y te quiere. Hoy ya sé que se me hace muy difícil no quererte, aunque lo intente y a veces me distraiga. Hoy ya sé que no puedo vivir sin ti, mi amada CANDELARIA.

Relato: DOÑA LOLA

Autora: GARA HERNÁNDEZ TORRES

Yo siempre quiero ir a casa de doña Lola. Cuando llego me dice “Pasa, mi niña y siéntate por ahí”. Luego me trae bizcochón o algunas galletas mientras se escucha y vemos la película del Oeste al lado de su marido, que siempre parece serio, pero me hace sentir muy tranquila y segura. En casa de doña Lola hace un fresquito agradable, que atraviesa esa cortina de bolitas verdes, y parece que por su puerta no pueden entrar las penas. Qué paz. La gente cree que los niños no entendemos casi nada, pero nunca es casualidad dónde elegimos estar.

Vivo debajo de las escaleras de “El paso” y muchas veces, cuando miro pa’ arriba veo a trasluz al marido de Dña. Lola subiendo muy despacito, chaplón tras chaplón, es solo su silueta porque el sol no me permite más; pero sé perfectamente que es él por su caminar sereno y seguro, y por su sombrero grande que me recuerda al de Clint Eastwod. Su estatura me hace verlo como a un héroe silencioso que nos protege a todos, pensando. Tengo claro que en su cuerpo caben todas las hazañas del mundo. Una tarde me fijé en las cortinas blanquecinas de sus ojos, a lo mejor de tanto mirar, proteger y pensar se le agotaron; pero la película siguió ahí cada tarde, resonando.

En la sonrisa de Dña. Lola se oyen notas musicales, delicada y elegante. Y no sé por qué me siento tan en mi casa si estoy en la suya.

Yo soy una niña distinta que aparenta ser igual, yo noto que mis amigos no piensan parecido a mí y lloro mucho, muchísimo por miedo a estar enferma de los cascos, que es como llama mi abuela a la cabeza. “¿Abuela, tú crees que estoy loca como aquella amiga de mamá?”, “No te preocupes, hija, que los locos tan felices que son”.

En casa de Dña. Lola tengo un refugio seguro y cada vez que me siento regular voy y me abre su puerta con un amor familiar. Esto me suele pasar cuando llega la tarde y las flores de mis jardines toman tonos diferentes e intentan seguir

luciéndose. Entonces, mi abuela se va pa' arriba y me siento la niña más sola del mundo, lo esté o no. Cómo me ayuda mirar pa' la acera de enfrente y saber que, si quiero, Dña. Lola me abrirá siempre con la música en su sonrisa.

Relato: PRÍNCIPE DE ÉBANO

Autora: GARA HERNÁNDEZ TORRES

Como príncipe de ébano, llegaste. Tu piel oscura de bronce parecía hecha de una extraña materia inaccesible. Torso fibroso al estilo de aquellos guerreros grecolatinos que estudiamos en el colegio. Y, como el artista que maneja los hilos de sus marionetas, pronunciabas aquellas palabras mágicas que sonaban a la misteriosa música exótica que consigue atraparnos. A veces, inducida ya por el hechizo, dejaba de entender lo que decías para concentrarme solo en la danza de tus labios. Esos, más apetecibles ya que las nubes azucaradas del quiosco de la esquina. Hablando y hablando, hechizando y hechizando... Me hiciste caer en tu cesto como la hoja violeta del jacarandá. Sacaste tu poderosa espada de héroe principesco y cortaste las flores de mi jardín, pero con tal sutileza premeditada que ni lo sentí. Y un día me di cuenta de cómo habías oscurecido mi paisaje y mi horizonte. Aquellos ojos de escarabajo que tanto admiraba, habían funcionado como el filtro gris de una cámara fotográfica, habían teñido de oscuro ébano mi vida. No había luz, no había color, no había risas ni sueños de infancia. Nada. Mas ahora, tras casi ahorcarme con mi cuerda triste, celebro como una reina que me obligaras tan pronto a dejar de ser aquella débil princesa, porque hoy y para siempre: ¡mando yo!

Relato: VIOLENCIA

Autora: GARA HERNÁNDEZ TORRES

De pequeña, como suele suceder, todo era el juego y el jolgorio. Se levantaba rápidamente al despertar, se enfundaba las botas de caminar y el atuendo más cómodo para disfrutar de un día lleno de energías y descubrimiento. Le parecía bellissimo ver en primer plano todas aquellas reacciones a su llegada, era la protagonista para tantos... ¡Qué lujo! Todos tenía que ver con ella: la taxista, el cajero del súper, la camionera, el esteticista... ¡Todos!

Pero se fue haciendo grande y con la edad llegó la conciencia, y con la conciencia vino la visión del mundo desde esa perspectiva triste propia de la adolescencia. Y pensó, aquella tarde de decepción: “Pero, ¿para qué existo? ¿Qué hago en esta vida?” Tras una larga reflexión, de esas que los adultos creen que no hacen los jovencitos, vino la luz y las ganas del apagón. “Veo sus rostros, sus expresiones de horror; que tan mal había interpretado antes, sus lágrimas; que no son por mi belleza infantil, su sufrimiento porque... ¡Soy Violencia!”

Violencia, con sus botas de pateo, te saluda cada mañana desde la boca de alguien y se cambia a tu boca en un salto de trapecista. Luego, Violencia contesta por ti al que te hirió y no sabes controlar tu verborrea. Violencia observa a todos llorar, pero luego viene en su ayuda para defenderles en este mundo lacerante de la guerra diaria.

¡Qué violento resulta saber que existes para el mal, sobre todo cuando no lo has decidido! Pobre Violencia, esta vez se ha vuelto a hacer mínima, cada vez es más diminuta porque prefiere deshacerse y morir a ir de boca en boca corrompiendo el mundo. Sabe que unos labios pueden crear gemas, sabe que unos labios pueden dar el mayor placer, sabe que unos labios sellan el amor más duro y por eso nos suplica anhelante que la matemos.

¡Eutanasia para Violencia!

Relato: EL ÚLTIMO RECUERDO DE BONNIE Y CLYDE

Autor: INOCENCIO JAVIER HERNÁNDEZ

Imagina unos zapatos de tacón. Olvida la marca. Concéntrate (no olvides que la literatura es la vida concentrada en palabras). Por amor de Dios, que la primera imagen no sea Cenicienta. Olvida la piedra y levántate (el deslizamiento gravitacional es cosa de montañas). Olvida que la vida es sueño (bueno, esto mejor no lo olvides). Ahora, imagina unos pies de mujer dentro de unos zapatos de tacón. Hela ahí: anda, aunque pareciera que levita sobre tus sienes. Tus cejas se electrocutan. Algo dentro de ti te dice que estás delirando. Majara es la palabra sagrada. Cierras los ojos. Evidentemente, ya no puedes leer.

Escucha... ¿Puedes escucharlo? La mujer de tus sueños se ha roto uno de los tacones. No se lamenta. No menta a los muertos ni a los que caminan descalzos sobre cristales llameantes. No piensa regresar a casa en busca de otros zapatos. No piensa caminar descalza porque para eso Dios inventó al tipo que pensó que Dios había olvidado inventar los primeros “zapatos” de la historia. No piensa en las teorías conspirativas sobre el origen alienígena de los despistes. Sí, la mujer de tus sueños rompe el tacón del otro zapato. El sonido rompe la barrera del sonido. Sus pasos se nutren de ovejas eléctricas. Adopta la posición de loto para pintar sus huellas, pegajosas e indestructibles, con el carmín de tus arterias. Y camina, que ya lo dijo Machado... y llega a ti. Y te besa, que pa' eso es la mujer de tus sueños. Y, entonces, abrumado por la invisibilidad de sus labios, despiertas húmedo como el típico cenagal de pesadilla en Elm Street. Coges la polaroid de la mesilla de noche. Te haces un selfi ochentero. Sin lugar a dudas, eres un personaje de un relato que no merece ser recordado. Afligido, acaso aterrorizado, juras por todos los dioses nuevos y antiguos que te olvidarás de ti mismo. Es en ese momento, y no en cualquier otro instante de tus circunstancias y tú, cuando la mujer de tus sueños recoge los tacones del suelo. Una reacción en cadena impide que pongas los pies en la

tierra. Para entonces, la mujer de tus sueños utiliza los tacones a modo de pistola. Aprieta el gatillo, una vez y otra y otra más con similar destreza, como si disparara al Ford V8 de Bonnie y Clyde con un tanque de guerra. El vehículo se detiene. Un ciervo cruza la carretera.

Érase una vez, en la noble Villa de Candelaria, un hombre que hubo tropezado con su propio cadáver. La noticia corrió como la pólvora. Cuentan que los periodistas sellaron pactos con el diablo para estar como Dios en todas partes, pero los influencers saben más por diablos que por viejos, y sacaron sus pistolas de megas ilimitados y dispararon a bocajarro allí donde el wifi era libre; y sus preguntas, alegres y concienzudas, atravesaron los sesos de la opinión pública sin derramar una gota de tinta. ¿Qué se siente al saber que tienes la misma cara que la muerte? La comunidad científica se preguntaba cómo era posible que aquel rostro quebradizo, con desajustes aquí y allá, ciertamente vulgar en toda fecha y en toda cultura alrededor de la luna, pudiera ser la prueba incontestable de la inmortalidad. La clase intelectual abandonó sus ensayos para experimentar la sencillez de lo sublime. Las grandes fortunas, imaginando el valor infinito de las porciones de eternidad, contrataron matones para traer vivo o muerto al hombre que hubo tropezado con su propio cadáver, pero el destino del hombre es inescrutable, y el hombre que hubo tropezado con su propio cadáver se perdió en el Valle de Güímar para encontrarse. Lo cierto es que había cargado con su propio cadáver durante más de cuarenta años. Hace unos días, los influencers compartieron el cuerpo de una carta fotocopiada que yacía en un triste cajón de oficina, con el hashtag: elcuerpodeldespedido.

Relato: UN RECUERDO ESPECIAL

Autor: INOCENCIO JAVIER HERNÁNDEZ

Corre el año de 1964. No. Vuela el año de 1964. Zambia pone en marcha su ambicioso programa espacial. Objetivo: contactar con los amigos de E.T. en territorio marciano. Sede Central de Inteligencia: aldeas, ríos, páramos... Indumentaria Oficial de los afonautas: un viejo casco del ejército británico y una capa con más agujeros que la capa de ozono. Entrenamiento Alfa: los afonautas ascendían a las copas de los árboles

mediante un intrincado sistema de poleas; acto seguido, como quimeras cómicocósmicas, caían por su propio peso. Entrenamiento Omega: los instructores embutían el cuerpo de aquellas almas estelares en barriles de aceite, y con toda la ciencia que el movimiento requiere, pendiente abajo rodaban los mejores afonautas de su generación.

Nkosolo, director de la Agencia Espacial de Zambia, anunció a bombo y platillo volante que los afonautas mejor cualificados y una spicegirl y dos gatos y un misionero, serían enviados al espacio mediante una catapulta interestelar. Nkosolo solicitó ayuda económica a la UNESCO. Petición denegada. Nkosolo culpó al KGB y a la ley de Murphy y a los preciosos atardeceres que nunca vio. Murió solo en 1989. Ese mismo año, los grafitis del Muro de Berlín se ponían a la venta. *Cualquier parecido con la ficción es pura coincidencia.

Relato basado en hechos reales.

Relato: PERRITO BONITO

Autor: JAVIER VÁZQUEZ LOSADA

- ¿Y cómo sé yo que mi perro no va a sufrir daño alguno?

- Eso, eso, ¿qué clase de garantía nos puede dar?

Eduardo Martín se mordió las uñas como siempre que se ponía nervioso. El estreno de la lavandería canina había convocado a todos los dueños de perros de los alrededores.

- Tranquilos - les dijo Eduardo - las lavadoras caninas que he inventado son completamente seguras... tanto, que yo mismo les haré una demostración.

Eduardo eligió al efecto la más grande de cuantas había en su lavandería, la destinada a los canes de mayor tamaño. Apretó las teclas necesarias para que el programa se pusiese en marcha y, acto seguido, se despidió sonriente de los expectantes amos y se metió en la lavadora.

Hoy, la mayoría de ellos le recuerda mientras acarician a sus perros con verdadera sensación de alivio.

Relato: CIERRA LOS OJOS

Autor: JESÚS LARA GONZÁLEZ DE QUEVEDO

Cierra los ojos, deja que tu pensamiento, me busque sin esfuerzo.

Cierra los ojos, olvida todo lo que te rodea y deséame.

¡Ven hacia mí! ¡yo te estaré esperando!

En la vida solo podemos disfrutar de los recuerdos, una y otra vez.

Por eso te pido, que no dejes de hacerlo, escucha a tu alma y aprende a soñar con los ojos bien abiertos.

Tu destino y mi destino, están obligados a encontrarse de nuevo.

Cierra los ojos, sueña con cada sentimiento, deja que tu corazón, hable por ti y no tengas miedo a equivocarte.

Cierra los ojos, deja que tu cuerpo, me sienta a su lado y disfrute de lo que siempre te ha pertenecido.

Cada caricia, te arranca, una nueva sensación en el alma, una sensación que en la vida, por mucho que quisieras, no podrías explicar.

¡No intentes olvidarme! Sabes que has besado otros labios, acariciado otra piel. Pero...

Tu pensamiento siempre ha intentado buscarme, en cada uno de ellos.

Cierra los ojos, no pienses en cada lágrima que fueron derramadas por tus mejillas, para acabar sostenidas en tus hermosos labios.

Cierra los ojos, recuérdame por un momento y dime ¿A que saben tus besos?

No dejes que mi ausencia, pueda separar todo esto que construimos juntos.

Sé, que no me he comportado como la persona que un día cautivo tu corazón, con una bonita sonrisa. No sé lo que sientes por mí, si me quieres o me odias, si quieres verme o al contrario ya me has olvidado.

Pero...

Eso nunca impediré, que pueda llevarte en lo más profundo de mi alma.

Llegó con prisas. Entró a la guagua poco antes de que se cerraran las puertas, arriesgándose a recibir de lleno el golpe seco del mecanismo neumático. Se la veía cansada, ansiosa por encontrar un sitio libre. Fue a parar a mi lado, justo detrás de la barra del lector de bonos. Se recolocó nerviosa y fue entonces cuando noté que fijaba en mí su vidriosa mirada. Una mirada que resultaba desafiante y descarada, como dispuesta a cambiar de lugar si yo hacía el más mínimo gesto.

Disimulé y empecé a observarla por el rabillo del ojo. No parecía gran cosa. Nadie parecía interesado en esbozar un mínimo gesto dirigido hacia ella. Fue entonces cuando empecé a imaginar que estaba allí por mí, que yo la atraía, que de alguna manera el universo se había confabulado para hacer que nos encontráramos. Pero aquella locura pronto abandonó mi cabeza. Al fin y al cabo, ella no era sino una más de las que se subían a diario en Guajara y que, medio adormiladas, solían bajarse de mala gana en Punta Larga, acompañadas por los refunfuños y aspavientos del malhumorado chófer que solía ir tras ellas mientras gritaba: “¡fuera de aquí malditas moscas, todos los días igual!”.

Relato: ES HORA DE IRSE

Autora: MARÍA LORETO PERERA GARCÍA

He muerto esta madrugada. Apoyada en el marco de mi ventana azul, me dejé acariciar por la brisa entrometida y noté que mi corazón perecía.

No fue tan difícil como me habían contado. Tampoco hubo dolor. Lo que sí sucedió fue que mis setenta y seis años aparecieron ante mí desmenuzándose, cruelmente lentos: el parto de mi madre en la vieja casa de Santa Ana, cuya placenta fue enterrada bajo el suelo de nuestro patio; mi primer beso con lengua compartido con mi primo Julito, en un despiste de abuela Leocadia que de haberse enterado nos hubiera dado una buena traquina; mi primera salida de la isla, instante en el que comprendí qué grande era el Atlántico y cómo nos encerraba ante todo lo diferente; mi boda, oficiada por don Jesús cuya sonrisa era enorme como su altura, y que desató las lenguas de las alcahuetas que, no paraban de mirar mi abultado vientre consecuencia de mi primer pecado religioso; mi amado Blas, mi amor, el que te resucita, que llenaba mis horas sin oxígeno, mi monosílabo de sal que encendía mis mejillas, mezcla de deseo y prisa, que acallé precavida porque mi dueño legal era otro.

Mi hijo Mario que - sin ser deseado - me inició en una vida conyugal yerma, subyugada por el miedo y por aquellos golpes que me dejaron muda porque el matrimonio era indisoluble y yo una ilota de la antigua Esparta; mis nietos, Luis y Amalia, que pusieron fin al hastío, a los que sí pude regalar cuentos y sonrisas francas; mi viudedad, que dio vida a mi vida, y fue mi etapa de mujer capaz y de escritora; mi enfermedad, que me sumió en un olvido inalcanzable para los que me amaban, y agudizó mi crueldad y bondad en un mismo porcentaje.

Uno a uno, fueron apareciendo todos los recuerdos como diminutas teselas del mosaico de una vida que, honestamente, hubiera preferido conceder a otra.

En fin... ya vienen a buscarme. Oigo la madera chocar contra los huesos y al cerrarse la caja intuyo una negrura que no temo. Y si esto es paz, ¡qué tarde llega!

Hace calor y la subida al cementerio es larga. Los que me quisieron lloran y algunos no bienvenidos lloran también sin reparos, pero me siento bien. Huelo la mar y el aire. Observo la plaza y los tejados de cuatro aguas que rodean la basílica. Sonríó contemplando las bravas aguas de la playa; quiero esperar a que la marea baje y, porque me lo he ganado, ser libre.

Relato: TEDIO

Autora: MARÍA LORETO PERERA GARCÍA

No había tiempo para la tristeza. Augusta Díaz se levantaba a la hora de siempre, en la casa que la vio nacer, y dispuesta para acometer las mismas tareas de cada día. No tenía sueños ni ilusiones. Jamás sonreía. Nunca lloraba. Su vida era plana, como una recta infinita cuyo final y principio jamás se encuentran.

Ya estaba demasiado arrugada para perseguir quimeras y le dolían los huesos y hasta el alma. Sentía el cansancio incrustado bajo su piel blanca y la vida había dejado de pertenecerle hacía mucho tiempo.

Y fue así, en su monótono día, que quiso acostarse para siempre y dejar que el tiempo se encargara de decidir por ella.

Sacó la colcha de su abuela Juana, se puso su vestido amarillo, se acicaló el rostro, se trenzó su pelo casi blanco y se metió en su cama de madera de roble. Sólo quedaba esperar.

Dicen que murió dormida. Que un aroma de limón y hierba buena impregnaba su cuarto. Que su sonrisa era inmensa. Que sus ojos pardos parecían haber encontrado la alegría escondida.

Y así fue como aquella mujer, con tantos vacíos, consiguió enterrar su aburrimiento.

Relato: UN MATRIMONIO DE LEY

Autora: MARÍA LORETO PERERA GARCÍA

Se oyeron unos pasos apresurados. Armando Mendizábal se volvió, cauto, sobre su sombra y vio que Don Nicasio el párroco corría tras él. Debía firmar un papel para poder redactar el acta de defunción. Acababa de enterrar a su mujer, Lucrecia, que se había ido como vivió: sin molestar y sin aspavientos.

Habían convivido cuarenta años y ahora, Armando se preguntaba si realmente había sido feliz con aquella mujer. Jamás la vio llorar, muy pocas veces reír y sólo en una ocasión oyó que gritaba cuando paría a su único hijo que murió a las pocas horas quizá por miedo a no saber enfrentarse al mundo que le esperaba. No la echaría de menos, de eso estaba seguro; aunque, a partir de ahora tendría que adaptarse al silencio de siempre, pero sin ella. A la ausencia de pasión, pero sin ella. A la soledad, pero sin ella.

Estar, acostumbrarse, cumplir...eso había sido su matrimonio. Sintió que un alivio le invadía el alma y sonrió. Por primera vez en cuarenta años, tenía ganas de vivir.

Como siempre, los nervios a flor de piel. Hacía calor, pero merecía la pena estar allí. Estaba sola, pero no le importaba. Rodeada de gente, pero sola. Nadie podía hacerlo por ella. Era una cuestión muy personal.

Muchas veces se preguntaba por qué lo hacía, pero no sabía qué responder. Daba excusas, explicaciones, respuestas que no tenían sentido; pero siempre, volvía a hacerlo. Una y otra vez, casi todos los meses. A veces, cada semana. Buscaba la información con anterioridad. Se preparaba un poco. Era todo un ritual. La noche antes organizaba todo. Una bolsa con lo necesario, la ropa y el calzado adecuados y muchas ganas.

Al llegar el día señalado, siempre estaba muy excitada. Se levantaba desde bien temprano; con tiempo suficiente para llegar con antelación. Nunca dejaba nada al azar. Todo lo controlable era medido minuciosamente. Todo menos el resultado final. Eso era lo único que escapaba a su control.

“Ojalá pudiese dominar la situación”, se decía muchas veces. Quería mejorar, pero no podía. A veces, por situaciones imprevistas, los resultados que obtenía no eran los deseados, pero se conformaba. Qué otra cosa podía hacer. Ya con hacerlo era bastante, con obligarse, con no abandonar. Nunca antes pensó estar donde estaba ahora.

La cuenta atrás había comenzado. Ya no había marcha atrás. A su alrededor, la gente se dispersa. Algunos se pierden en la lejanía. Otros solo miran. La gente habla, pero ella ya no los escucha. Su mente divaga de un pensamiento a otro. El sudor se apodera de todo su cuerpo.

Recordaba con cierta distancia, el día en que había pasado de ser una mera espectadora a ser protagonista. Aquella sensación al finalizar le gustaba, le resultaba agradable. Por eso se había enganchado. Ya no podía dejarlo. Tendría que ser consecuente con sus decisiones, no podía defraudarse a sí misma.

El tiempo siempre pasaba muy lento. Una vez más, estaba a punto de concluir. A medida que se acercaba veía a más gente. El ruido delataba que se acercaba el final. Por la megafonía anunciaron el número de su dorsal, 261. Ahora sí. Había terminado una carrera más.

Y si en vez de ir a la D8, fuese a la E6, qué pasaría. Cómo terminaría el día de hoy, si en vez de reencontrarme con mi amor, fuese a ver a un desconocido. Con quién me sentaría en el avión, si en vez de ir al norte, volara en el que va con destino al sur. Serían tan diferentes. Puede ser que con uno entablara conversación, pero no con el otro.

Podría ser que el trayecto durase dos horas, o puede ser que dure tres y media. Puede ser que cuando llegue haga mucho frío porque voy al norte, y allí, siempre hace frío. Lo sé porque ya he estado allí otras veces. Pero, puede ser que el tiempo me sorprenda si voy al sur. En ese lugar, por lo que me han dicho, siempre sale el sol.

Con qué paisaje me encontraría al salir del aeropuerto. Si voy al norte, ya lo conozco. Es un paisaje montañoso y arbolado. La ciudad está cerca con sus edificios altos y con sus bulliciosas calles. Pero si voy al sur, sé que allí me voy a encontrar con un terreno más árido y con la playa cerca. La ciudad es más pequeña y sus calles más estrechas.

Los habitantes del norte pasarán por mi lado sin darse cuenta de que estoy allí. Nunca sabrán a quién fui a ver. Ellos no me conocen, para ellos yo no existo. Los pobladores del sur sabrán que llego porque viven con calma y miran siempre a los ojos del que llega. Ellos intuirán que voy a encontrarme con alguien muy especial.

Qué estará haciendo mi amor cuando yo llegue al norte. No es la primera vez que voy, por eso, sé lo que hace. Me estará esperando en su casa; él nunca mira el reloj, no tiene prisa porque yo llegue. Improvisaremos cualquier cosa después de saludarnos con unos besos.

¿Y el desconocido? ¿Sabrá que me he subido en otro avión y que mi destino es verle? Él sabe que yo estoy cerca, conoce mi hora de llegada. No nos hemos visto nunca y ya sabe mi nombre, sabe lo que me gusta. Por eso me espera en

la playa. Estará deseando que yo llegue para rodearme con sus brazos y besarme mirándome a los ojos.

Luego me cogerá de la mano y caminaremos por la húmeda arena; y, sin decirme nada, me lo dirá todo.

Me dirijo hacia las puertas y dudo por un momento. Mi destino está escrito en una puerta, D8, E6.

Relato: MI CUADRO

Autora: M^a CANDELARIA ALONSO HERNÁNDEZ

Tela de algodón crudo, listones de madera lo enmarcan. Pigmentos con aglutinantes mezclados y superpuestos, representan gráficamente lo que alguien quiere decir y no puede con palabras.

La técnica empleada y la composición lo ayudan a expresar lo más íntimo. Las formas, las texturas y los colores son muy personales, irrepetibles, únicos.

Sin darnos cuenta, el pincel se desliza por el soporte. Parece que baila al son de una melodía muda. Una melodía que no escuchamos los demás, pero que existe en el interior del que se expresa. Es un pincel húmedo, que se arrastra por una paleta llena de color. Es un pincel que mezcla, que acaricia, que crea nuevos tonos, nuevas gamas. Es un pincel que inventa, que oscurece o ilumina con sus cerdas agrupadas en un mango.

Es un mango de madera guiado por una mano. Es la mano del artista. Es el artista que crea la belleza de una obra, de una idea, de un sentimiento que necesita ser plasmado.

No importa si después de su creación, la obra no es vista, no es admirada, no se entiende o no se valora. Lo pintado siempre permanece, queda plasmado eternamente.

Habla con colores y formas, no con sonidos. Traspasa cualquier lenguaje y sentimiento, es universal.

Hace sentir escalofríos al que mira, al que interpreta, al que pierde su tiempo contemplando. El que contempla puede ver belleza o no; pero se detiene a mirar, porque la pintura le atrapa, le habla, le llama por su nombre y le susurra al oído.

Es mi mano la que miro, la que sujeta el pincel, la que mezcla los colores. La que con su giro de muñeca hace irrepetible cada trazo que doy. Son mis colores, es mi lienzo. Son mis sentimientos, mis ideas plasmadas para siempre. Es irrepetible. Es mi cuadro.

Ya no le quedaba tiempo para aprender. Todo lo dedicaba a recordar.

Cada mañana buscaba en el espejo a la muchacha pizpireta o a la mujer hecha de sol y tierra, llena de fuerza. ¿Dónde se escondía? Solo cuando dejaba de mirarse la encontraba.

Aún guardaba algo de aquel fuego que siendo más joven la impulsó. Por eso, tras superar el luto decidió viajar de nuevo a Madrid, donde solo había estado una vez hacía décadas.

Su hija, al ver de nuevo esa chispa en su cara, la llevó. Quería redescubrir juntas la capital y fabricar risas, tan escasas últimamente. Pero la intención de Lucía era salvar del olvido los lugares donde fue dichosa con él. Volvió para rescatar a su marido. Lo que la hija no sabía era que ella aún guardaba los zapatos de su esposo como un tesoro, y que a Madrid iba tras sus huellas.

Lucía, mi madre, se entregó a la nostalgia: el Palacio de Cristal le resultó opaco, las porras del desayuno sabían agridulces y el chotis no la hizo contonearse sino llorar, al no sentir aquellos brazos firmes alrededor de la cintura.

La mirada perdida de sus ojitos hundidos no se dirigía a lo nuevo que yo quería construir junto a ella. Se desviaban al pasado, con la esperanza de que mi padre apareciese al doblar cualquier esquina porque Madrid le sabía a Juan.

Yo volveré a Madrid, recorreré los rincones andados, visitaré los mismos cafés, sacaré fotos parecidas. Añoraré el sabor de aquel chocolate con porras, que nunca me sabrá igual de reconfortante que cuando lo tomé al lado de mi madre.

Relato: AUSENCIA

Autora: MAYTE MÉNDEZ PALOMARES

Se dio cuenta por la mañana, justo antes de despertar. Al principio pensó que solo se trataba de un mal sueño, de uno de esos caprichos oníricos que de vez en cuando jugaban con su razón. Pero a medida que el sol iba ascendiendo en el horizonte, la sensación de que algo le faltaba se hacía cada vez mayor.

Al cabo de un rato, se incorporó despacio, consciente de que algo había cambiado. Sacó un pie de la cama, luego el otro, y se quedó sentada, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Cerró los ojos y movió la cabeza a un lado y al otro. Nada le dolía. Comprobó que todas las partes de su cuerpo estuvieran bien, tanteando despacio por encima de la ropa. Todo estaba en su sitio, o al menos parecía estarlo. Pero lo cierto es que no lo estaba. Lo sabía perfectamente. Faltaba algo que no conseguía precisar, algo importante, algo esencial.

Observó el reloj de la mesita. Las nueve y cuarto. El libro de Murakami seguía en la misma posición que la noche anterior. Sin salir de la angustia que la embargaba, miró a su izquierda. De la pared colgaba aquel cuadro abstracto que no entendía pero que al mismo tiempo le fascinaba. A su derecha, la puerta del baño permanecía semiabierta, tal y como la dejó al acostarse. Algunas motas de polvo brillaban con la luz que se filtraba a través de la ventana.

Se incorporó lentamente, con una extraña sensación en el estómago, como si presintiera que algo horrible fuera a suceder. Miró la cama. Estaba vacía. Llevaba meses durmiendo sola.

Entonces percibió claramente su ausencia. A su corazón le faltaba un latido.

Ahí estaba, delante de sus ojos. Apareció ante ella casi sin esperarlo como si fuera un espejismo reflejado en el cristal del coche. Apenas había despuntado el día pero él ya estaba frente a ella, esperándola sin saber que llegaba. Entonces todo se hizo silencio. Dejó de oír a Marieta, que en ese momento le estaba contando la obra que vio la pasada noche en el teatro del pueblo. Nunca se enteró del final de aquella historia. Aún hoy, cuando han pasado más de cincuenta años de aquello, recuerda claramente como se fueron desdibujando sus palabras: “Tenía que esconder un secreto, le había confesado a Carmen -la protagonista- que la noche en la que su pa... dr... e...”. Se quedaron las letras suspendidas en el aire, bailando solas en la nada.

Todo su ser estaba centrado en él. En su inmensidad, en su olor, en su tacto y hasta en su sabor. Soñó con conocerlo desde que era una niña. Ahora tenía 18 años, acababa de terminar el segundo curso Magisterio y empezaba una nueva etapa. Distinto lugar para continuar el destino. Fue a su encuentro casi sin saberlo. Ya no era el deseo azul atrapado en una foto, ni era el fondo de mil historias inventadas. Divisó su perfil con la llegada de las primeras luces de día. Llevaban varias horas en la carretera. Habían salido de noche del pueblo, una pequeña localidad en medio de las montañas. Viajaba junto a otras cuatro compañeras maestras para participar en un taller organizado por la Sección Femenina. Su primer viaje. Su primer encuentro.

A medida que se acercaba a él sentía que su respiración se hacía más lenta y que el pulso se le aceleraba. Y mientras ella se paralizaba con su presencia, él más se agitaba. Bajó la ventanilla de aquel Seat amarillo y al tomar aire su ser se llenó de su esencia. Tan solo les separaban unos escasos metros. Quería llegar ya para tocarlo, para sumergirse en su abrazo. El verano de 1962 acaba de comenzar y le regalaba a las miradas más madrugadoras rosas amaneceres. Esos tonos, que formaban una especie de arcoíris magenta, caían sobre él

potenciando su brillo, haciendo que la atracción que ella sentía al verlo fuera aún mayor.

De repente, paró el motor. Estiró todo su cuerpo al salir del coche. Se quitó los zapatos. Le dolía la espalda de los vaivenes de la carretera. Lo miró una vez más y empezó a caminar hacia él por la arena. Sintió como el agua acariciaba sus pies, agua que se iba y que venía, que parecía huir de su piel. Se agachó para sentir la realidad y fue entonces cuando sus manos lo tocaron por primera vez.

Ella no alcanzaba el metro cincuenta, él era alto, muy alto. Ella morena, él rubio. Los ojos de ella eran como pequeños y profundos agujeros negros en el firmamento, los de él, grandes, del color de las verdes uvas antes de la vendimia. Ella delgada, él corpulento. Ella no era guapa, él más hermoso que un dios del Olimpo. Ella sabía leer, él, en un tejido lleno de símbolos extraños, solo reconocía su nombre. Ella tenía los pies muy firmes en la tierra, él era un soñador al que le gustaba volar mecido por la música de su propia voz. Ella agricultora, él ganadero. Ella comunista y creyente, para él la única doctrina era la justicia. Y así, tan dispares, se enamoraron. Les tocó vivir tiempos muy difíciles. La guerra civil les arrebató a seres muy queridos. Cada día, antes de salir el sol, los soldados iban a buscarla y la tenían junto a otras mujeres, barriendo las calles del pueblo hasta que anochecía. La cabeza rapada, pero la frente muy alta porque el orgullo nunca lo perdió. Al día siguiente de parir, a la misma hora estaban los soldados en la puerta para llevarla a barrer. Después llegó la postguerra, años de miseria y hambruna. Las interminables colas del racionamiento, cabezas gachas, hombros caídos y tristeza en los huesos, con un poco de suerte podían conseguir un puñado pequeño de sal, unos granos de arroz lleno de gorgojos, algunos gramos de azúcar y una cuartilla de aceite, en cuanto conseguían los manjares de la caridad, como hormigas hacendosas volvían al hogar.

El tiempo pasa y con él empezó la calma política, no era perfecta pero el miedo a la guerra fue quedando atrás. La economía familiar dependía del trabajo duro del campo, de las lluvias o sequías, del viento y las tormentas. Aquel año el campo estaba especialmente hermoso, la cosecha sería la mejor en mucho tiempo: papas, tomates, tabaco, frutales. Él, canturriando entre dientes, hacía planes de futuro. Ella, siempre cautelosa, le decía que esperara hasta la cogida.

El día amaneció radiante, todo brillaba, el hombre recorría la finca admirando su trabajo que tantos beneficios le daría y observando por si algo andaba mal. Ella estaba intranquila, los perros no paraban de ladrar, a los pájaros no se les oía. De madrugada, una niña pequeña, escondida en una esquina, miraba todo con los ojos llenos de asombro. El hombre solo llevaba puesto un calzoncillo hecho con sacos de azúcar que venían de Cuba, estaba en medio de la huerta cercana a la casa, empapado, el agua del cielo mezclado con lágrimas, el viento destructor arrasándolo todo, el aire irrespirable y él allí, de rodillas, con los brazos abiertos hacia el universo, su voz confundida con los truenos. “Adela, Adela”. Ella con temblorosa voz. “¿Qué quieres hombre?”.

- ¡Dame un revólver que quiero matar a Dios!

Era de noche y hacía frío. Frío punzante, gélido. Estaba sola en la calle. Corrí. Tropecé y me levanté. La copa de vino se había derramado hacía ya más de una hora en mi vestido. La mancha se había secado. Me descalcé. Me erguí y comencé a andar por las calles. La Luna ese día era diferente. Parecía que esa noche sonreía. No estaba acostumbrada a andar a esas horas por las calles de aquella bonita ciudad. Qué precioso era. Aún recuerdo los maullidos de los gatos callejeros que se dispersaban al escuchar mis pasos que, aunque tímidos, se oían con estruendo ante la oscura y silenciosa noche.

Lo había dejado en casa. Lo había dejado todo. Lo dejé a él, a sus partidos de fútbol y a su cerveza. Dejé la basura sin tirar, los platos sin lavar y la cama sin hacer. Dejé una vida que ya no formaba parte de mí, ni yo de ella. No me reconocía. ¿Era real o ficticia?

¿Era yo o mis complejos? Era él. Era el dueño de la casa, del coche, del perro y de mi familia. Era el dueño de mis pesadillas. Era el príncipe azul que se apagó, que se volvió gris, que se tornó oscuro.

Atrás. Miré atrás en la calle. Nadie. Recordaba cómo había sido. Una nueva discusión, un nuevo problema. O tal vez el de siempre. No lo sé. Cada nuevo reproche parecía único y, a la vez, daba la sensación que le daba continuidad al siguiente. Todos los problemas se habían convertido en una cadena, en una telaraña cosida por el mejor de los embaucadores. Había preparado una de las mejores cenas de mi vida, una cena que pretendía recuperar nuestra complicidad, nuestras ganas de vivir, de caminar juntos, de sentir que al lado de cada uno caminaba el otro. Pero no. Entró y supe que no era así.

Llegó del trabajo, miré sus ojos. Exploré en un instante el color de su mirada, el olor en su ropa y, por una vez, después de muchos años engañada, caí en la cuenta. Dejé caer la copa de vino sobre mi vestido. Sí, la derramé yo. Sentía que cada gota de vino era un rocío temporal. Cada gota, un segundo de mi vida

malgastada junto a alguien que no luchaba por mí. Y lo supe. Supe en aquel instante que el vestido que tenía era para mí, no para él. Supe que mi vida no era como la de aquellas princesas encerradas en castillos que esperan al caballero. Mi vida era la vida de la angustia, de la soledad y de la pena. Era la vida de la condenación, de la espera constante. Era la Penélope triste que esperaba cada día divisar en el horizonte a su amado Ulises. Un Ulises ausente que ya no estaba, que había desaparecido, que nunca existió.

La Luna ese día era diferente. Parecía que esa noche sonreía. La abuela me contaba la historia de cómo una mujer, una mujer cualquiera, tal vez ella, había vencido el mal.

Relato: ESTE NO ES EL CAMINO

Autor: NAÍM VALERIO YÁNEZ ALONSO

Ella: Estuve pensando en prepararnos para ir a dar un paseo por el monte. Sí, por ese camino por el que tanto te gustaba andar cuando éramos más jóvenes. ¿Recuerdas? Caminábamos horas y horas sin parar. Nunca nos cansábamos. Recuerdo, incluso, una vez en la que salté encima de tus hombros y estuviste cargando con mi peso un buen trecho. Ahora no sé si podría saltar. Tampoco sé si podrías soportarme. También me acuerdo de aquella vez que en el paseo encontramos un pájaro que se había herido en un ala. Aquel mirlo era tan precioso. Su color negro azabache destacaba por encima de cualquier otro tono cromático del entorno. Oh, sí, distingo perfectamente en mi memoria que casi no lo sueltas. Lo querías llevar para casa. Accedí, lo curaste y luego volvimos al mismo sitio donde lo encontramos, en el monte, para soltarlo. Seguro que tú también lo recuerdas. La vez que encontramos a otra pareja de turistas en el camino, esa vez sí que fue divertida. Recuerdo que la mujer se había caído y la ayudamos a incorporarse. (Ríe a carcajadas). ¡Es que el hombre estaba hecho un flan!, no sabía qué hacer. Solo recuerdo que se movía de un lado para otro moviendo las manos y ella, atónita, se observaba la herida. Después del mal trago, fuimos juntos a cenar a su casa. Nos invitaron por haberlos ayudado. En

ese camino nos enamoramos también. Cuando salíamos del instituto recuerdo que íbamos corriendo a esa zona del monte y recorríamos juntos el camino para permanecer abrazados durante horas. ¡Cuántas lágrimas derramadas y cuántas risas estridentes ha habido en ese camino! (Se queda observándolo en silencio) Oye, ¿me estás escuchando? ¿Hola? ¿Estás ahí?

Él: (Levanta la mirada del móvil) ¿Qué?

Relato: MI AMIGO FAVORITO

Autor: NAÍM VALERIO YÁNEZ ALONSO

Cuando estoy triste voy al mar. Da igual el sitio que sea: una playa, un muelle, una cala aislada o a la vera de un faro. Es el sentir de las olas, la espuma que choca contra las rocas y su latir palpitante. Parece que el rumor del mar se acompasa con mis latidos. Parece que mi corazón se acompasa con el mar. Tal vez es por eso que cuando piso tierra firme, tiendo a mirar el horizonte. Busco el mar, busco sus olas. Busco a los niños haciendo castillos de arena, a los jóvenes tirándose del muelle. Me busco a mí mismo. Me encuentro. A veces, me siento oscuro y triste, frío, como si estuviera muerto. Otras, mi carne se vuelve caliente y se funde con la arena. Cuando estoy alegre voy al mar. He ido con mucha gente, el mar me sabe a personas, a momentos felices, a euforia. Me sabe a besos. Mi primer beso fue a orillas del mar. El mar, muchas veces, te saca una sonrisa. Yo me alegro de verlo, pero él también se alegra de verme. Me envuelve con una ola, me tira al suelo, me bromea. El mar es un amigo que también está invitado a mis reuniones. El mar es uno más. Ya no voy al mar. No puedo. No me dejan. No me dejan mis piernas ni mi andar. Me he vuelto viejo y ya no me huele, no me sabe, no me acuerdo del mar. Mis amigos me dicen que sigue como siempre, que todo está igual. Qué va. Ese no es mi mar. A veces, por las noches, escucho el mismo rumor de la ola. No me envuelve, no me tira al suelo ni bromea. El mar me habla sin vida. Me habla de animales enjaulados en redes abandonadas y plásticos. El mar me habla roto, me habla llorando. Siento que, en el sueño, escucho su antiguo canto. No es el mar quien me habla. ¡No eres tú! Es otro canto. Es el canto de una batería de coche, de una pila, puede que el de un viejo taco. Hay algo en el mar que no cambia, un humilde canto. Son sus corales, sus conchas y sus seres los que cantan: ¡basta ya de este trato!

Soy contable.

La contabilidad es la literatura de lo material. Es fría, no se parece a la prosa y, menos, a la poesía.

Persigue cuadrar las partidas monetarias. No se permite redondear, todo tiene que ser estructurado y exacto. Algunas de las cuentas contables tienen nombres que me parecen grises, poco amables. Palabras duras que no transmiten calma:

- Pérdidas
- Fianzas
- Pasivo
- Deterioro de: Valores Activos No Corrientes
- Deterioro de: el Valor de las Existencias...

Igual que en la escritura, las cantidades pueden usar puntos y coma. Los diez dígitos combinados, sin una pronta interrupción de coma, se pueden convertir en cifras de miles o trillones, en cifras infinitas como el Universo.

Cuando se presenta la coma, hace que la cifra se pare casi en seco, parece que mengua, que decrece persiguiendo el cero. Y como en contabilidad los números deben ser el reflejo fiel de la realidad, aunque el vacío existe, con coma, es inconquistable.

¡Qué contradicción arroja mi profesión! En su cotidianidad persigue lo inasequible. Quién dice que en la contabilidad no hay poesía. Las palabras terminan, pero los números se desparraman desde la ausencia a lo ilimitado. Y mi visión se amplía, va desde la falta al todo, desde la inexistencia hasta lo eterno para, al final, bajar a lo concreto y cerrar el ejercicio fiscal.

- ¿Por qué dejaste de jugar? le preguntó por fin el corazón a la mente.

Se hizo un silencio profundo en el que se percibió con nitidez el vaivén de la sangre. De izquierda a derecha, de arriba a abajo.

- No lo sé, contestó la mente. Es lo que se supone que debemos hacer: crecer y abandonar a su suerte a nuestro niño o niña interior. Es cierto que algunos se niegan, pero sólo unos pocos consiguen que continúe ahí a través de los años. El corazón sollozó. - ¿No hay forma de que vuelva? Quizá, si tú y yo nos unimos, podamos conseguirlo.

La mente se detuvo un instante. ¿Por qué no hacerle caso al corazón por una vez? Los pulmones inspiraron y expiraron profundamente. Los ojos se cerraron un momento. Quedaron aparcados desamores, miedos y riñas. También la nevera vacía y la cama sin hacer. Los labios sonrieron levemente y una música del pasado se coló de súbito en los oídos. La garganta canturreó una canción infantil. Los pies decidieron moverse y luego se unieron los muslos, el tronco y los brazos en una danza sin tiempo.

- Estoy aquí, susurró tímida una voz en el estómago. Sonaba lejana y débil pero todavía estaba viva.

El corazón comenzó a abandonar su habitual estado de ansiedad. La mente apagó el botón de alerta y advirtió desde la placidez el murmullo inocente: - estoy aquí, estoy aquí...

Aún era posible rescatar la esencia escondida bajo la ceguera diaria. La alegría pura del presente y la sencillez del ahora hablaban en la voz infantil secuestrada. Si se escuchaba con atención volvería a ocupar su lugar primitivo. La mente se sintió tan serena y feliz que decidió que nunca más silenciaría aquel canto transparente.

El corazón, sonriendo, bombeó más sangre. Estaba profundamente agradecido a la mente por ayudarle a lograr aquel descubrimiento genial: "la vida en estado puro oculta tras lo que se supone que es vivir".

Relato: LOS TESTIGOS DECLARAN QUE FUE ELLA

Autora: OLGA MESA JORGE

Ella tan joven y él tan viejo. Él con experiencia, combatiente de la vida. Ella, aprendiz de historias, emocionada con el mundo que él desplegaba a sus pies. Lo que había entre ellos estaba claro, pero era secreto. Un hombre de su posición y edad viéndose con una joven empleada de pantalones ajustados y sonrisa fácil. Despertaría las críticas de unos y las burlas de otros, combatientes celosos y ancianas celosas, que perjudicarían su imagen, la de él, porque ella aún no tenía esa clase de reputación. De ella dijeron que en poco tiempo lo perdió todo. Primero el novio, un joven atleta de esos chicos buenos a los que no les gusta beber cerveza toda la noche. Luego, perdería la cabeza como consecuencia de perder el corazón, y, por último, un hijo. Todo para no poner en entredicho la honorable posición de su escala de mandos. Él necesitó de su sacrificio para llevar a cabo la noble cruzada que su posición le imponía. Eso le decía él, que fuera más comprensiva, que pensara siempre en las circunstancias que un hombre de su talla debía asumir. Dicen que ella lo aceptó todo, incluso la mentira, y que luego le entregó lo que le quedaba. Se quedó sin dinero y sin trabajo. La familia no la comprendió y sus amigos se desentendieron. Dicen que él se marchó, por eso de que los hombres como él no deciden su destino, pero que la visitaba de sorpresa si sospechaba que la intensidad de su pasión menguaba, y la buscaba incluso después de haberla destruido. Dicen que él se casó con otra de su misma clase y que cuando ella lo supo se volvió loca. En ese momento él tuvo que esforzarse por convencerla del error que había cometido en un intento fallido por sustituirla. Le contó una historia posible para hacer posible su historia. Continuó enviándole mensajes románticos que hablaban de lo mucho que la deseaba, de su profundo amor y de la soledad que le causaban las cadenas de su difícil vida. Ella sentía compasión ante lo terrible que parecía el peso de su cárcel, pero empezó a sentir que también ella vivía en una cárcel. Mensajes, visitas y llamadas cada

día del año para no dejarla reflexionar. Dicen que él andaba con otras y que ella sufría por las evidencias.

Después de varios años, ella se sintió tan cansada que dispuso una última cita para acabar con la relación, pero él, con su palabrería de un tiempo lejano, con la seguridad de un conquistador senil, no la dejó hablar, no atendió sus heridas. Muchos aseguran que en ese momento ella abrió el bolso, sacó un puñal y en un abrazo se lo clavó en el corazón.

Todos los que confirman esta versión declaran que, ante los hechos, la asesina fue ella.

Soy una amante empedernida de las obras de Benito Pérez Galdós. Podría decirse que soy galdosiana, pero también soy lectora de toda la vida de Unamuno, por lo que también soy unamuniana. La RAE otorga a este tipo de adjetivos el significado de «perteneciente o relativo al escritor», y en la teoría de la literatura se pueden hallar cientos de ejemplos, como etiquetas posibles que puedes asignarte, con la que adherirte a un grupo o tendencia poética, literaria o de pensamiento.

Por seguir relatando mis pasiones diré que siento una devoción casi mística por la generación del 98, en especial, por la estética valleinclanesca, y por el paso barojiano meditado que me lleva luego a descansar junto al olmo machadiano. Siento un amor juvenil por las greguerías ramonianas que, sin embargo, me dejan sin argumentos. Pero es la poesía juanramoniana la que me devuelve apasionada la mirada, la que acaba de un plumazo con el deseo adolescente y fugaz, para llevarme a la profundidad más agnóstica, la que nunca encontré en las falsas promesas de amor nerudiano.

¡Adoro a mis locos del 27!, con ellos subí al parnaso gongorino después de conocer las letras quevedescas. Me declaro abiertamente lorquiana por el trágico romance que tuvimos, que me llevó de la mano por el mundo y que aún sigue perdido entre las tumbas del silencio por donde lo busco. También soy aleixandriana y cernudiana, sobre todo, después de encontrar mi soledad en su soledad. No soy tanto albertidiana, como tampoco lo fui de las novelas azorianas, más por carácter que por literatura, lo que no es justo, porque no debe pagar el arte las decisiones de la mano que lo crea.

A todo esto, yo quisiera saber cómo llamar a ese parte del mismo tejido que aún no ha sido nombrado. Su existencia es tan antigua como la poesía homérica, pero no encuentro para Safo de Lesbos ni Wallada Al Mustakfi, ni

para ninguna otra escritora y poeta la etiqueta formal con la que adherirme a su mundo creativo.

Lo que quiero saber es qué soy yo ante Emilia Pardo Bazán, qué soy ante María Moliner, Rosalía de Castro, Chantal Millard, Sor Juana Inés de la Cruz, Violeta Parra... qué soy cuando me miro en la grandeza poética de Gabriela Mistral, en el dolor detallista de Alfonsina Storni. Qué soy ante Juana de Ibarbourou, ante Delmira Agustini y Dulce María Loynaz. Qué soy ante ellas, y no quiero escuchar a nadie decir que también soy una mujer.

Relato: RAÍCES

Autora: OLGA MESA JORGE

Plantado aquí, en medio del camino me lo encontré como el que no quiere la cosa. Sin muchas hojas, sin mucho lustre. Apoyado en el muro que levanta uno de los laterales del campo de golf. A su alrededor no hay un ejemplar parecido. Diría que llegó hasta aquí, a este rincón libre de matorros, empujado por el viento y en busca de un lugar en donde echar raíces. El camino está medio abandonado y es escabroso, enjuto. Es evidente que no pasa por aquí mucha gente.

Los tallos que le han salido se ven delgados, pero fuertes, y se agarran al muro de piedra por el que se filtra el agua de los aspersores que riegan el césped deportivo. Los golfistas de gorra blanca no se acercan a estos límites, no saben de la existencia de este camino, ni del árbol ni de mí. Y por ahora, no parecen interesados en ampliar sus golpes. Él, aprovechando este espacio de paz, desliza sus manos seminales por debajo de la pared y toca la húmeda tierra en todo su esplendor. Lo veo intentando crecer inadvertido y pienso que, al igual que él, estamos muchos, buscando, como quien no quiere la cosa, un lugar en el que echar raíces y pasar inadvertidos ante los ojos de los dueños del agua.

Relato: EL CANTARITO

Autora: PAULA TENA RONQUILLO

Remedios está enferma; bañada en sudor se remueve febril entre sábanas mojadas. ¿Dónde calientas el agua? le pregunta su marido. Ella no contesta porque apenas lo oye, inmersa en el sopor como está, abriendo y cerrando la boca cual pez sediento. ¿Cómo se enciende la estufa, Remedios? Y ella siente que el fuego ya está encendido desde quién sabe cuánto tiempo. El agua del cantarito hierve igual que su cuerpo. Mujer, ¿y dónde guardas el café?, le recrimina el marido mirando frascos de vidrio como quien analiza muestras de tierra lunar, abriendo cada uno y probando un poco, hasta que algo le sabe amargo, como le sabe la boca a Remedios desde que delira en la cama de matrimonio, agotada por los años de ir al pozo a buscar agua en el cantarito que también fue de su madre, para preparar el café. Pero hoy, por un descuido demencial, el cántaro cae al suelo y se parte en mil trozos, haciendo tanto ruido que él no se percata de que su mujer se ha ido para siempre a través de sus ojos abiertos. Y es que es verdad, Remedios, tanto va el cántaro al pozo, que acaba por romperse.

Relato: CENTURIA

Autor: RICARDO MARRERO GIL

A nuestra sombra se extingue la luz del mediodía. A veces, los pastores cruzan el valle y se acercan a mirarnos. Los vemos comer y derramar el jugo de sus labios rosados. A veces, caemos sobre nosotros mismos. Rodamos un poco, luego paramos. Esos días nunca llueve. Aunque recemos, no llueve.

Te gusta mirar a las niñas. A veces pasan y se levantan la falda. ¿Qué podrán sentir quienes no piensan nada? Yo, en cambio, te he sido fiel. Por ejemplo, he dejado pasar los inviernos en mi espalda. Los he notado cuartearme la piel en el silencio de tus tardes de brisa y, aunque he preferido no decirte nada, creo que moriré pronto.

Aún así, recuerdo la centuria en la que no pasó nada y regreso a la vida. Aquellos veranos mansos, de bordes inauditos y las vistas a una mar sin pliegues. Te pasaste un siglo acariciándome la sien, resistiendo el deseo de apartarme el pelo tras la oreja. Nunca entendí aquel gesto ni los suspiros ni la acusación de tu mirada: nunca pasaba nada. Dejaron de venir los bueyes y los niños y los volantes blanquearon hasta hacerse de encaje. Fueron cien años de tristeza, los mejores ratos de una vida. Apoyado uno sobre la soledad del otro, nos estrujábamos los dedos al oír ecos de trompetas desde la fiesta del pueblo. Pero acabó pronto, sin embargo. Recuerdo el runrún de unas campanas, veinte o treinta años en el oído, querían llevarte a la plaza a que adornaras las baldosas con el purpúreo aroma de tus hojas. No pensaron que la luz del mediodía se extingue a nuestra sombra, que no llegan los triángulos, que la tierra es negra.

A nuestra sombra crecerán otros amores que se jurarán eternidad. Y sobre los tatuajes correrá el tiempo y la sangre, y se grabarán nombres nuevos. Y a nuestra sombra trabajará el hombre que quiera arrancarnos de cuajo y fluirá la malvasía bajo la tierra hasta hundirlo en ella. Y en su

descanso y en su delirio, en la fugacidad de su esfuerzo, en los palpitantes huecos treparán nuestras sombras.

Sé que llegará una generación que volverá a ser ausencia y vendrán nuevos años baldíos en los que nos conoceremos de nuevo. Cuando enseñen el hacha, será demasiado tarde: habremos crecido tanto que llegarán nuestras raíces hasta sus casas y nacerán de ellas sus hijos. Quizás entonces comprendan.

Relato: LA TRAGICÓMICA INCÓGNITA
DE LAS BOTELLAS DE AGUA
Autor: RICARDO MARRERO GIL

Hacía décadas que Amelia Benavides se había abandonado al sedentarismo. Solo salía al balcón para decirle que no a los críos. Por eso, cuando se plantó en medio de Madrid, con su sombrero de paja y su abrigo de leopardo, no hubo un alma que pudiera creerlo. Nadie se enteró de cuándo abandonó la casa, ni escuchó correr el agua del grifo al llenar las doce botellas que faltaban de la alacena. Ni siquiera su enorme trasero había dejado un rastro en el transporte público, una farola torcida o un pajarillo aplastado.

Cuando a la ciudad llegaron con el cuento, hice las maletas y me fui de casa. Pero de algún modo, me habían mentido: en la dirección que me dieron no había ningún pueblo. Con cal viva se dibujaban en la tierra algunos caminos de cabras y, en la plazoleta, alrededor de una fuente seca, se congregaban un puñado de chozas de uralita y cortinas. Supe que aquel era mi destino porque el cura salió a recibirme con la Biblia bajo el brazo.

- Amelia Benavides era una impía - me soltó, nada más verme.

Fui con él hasta el bar. Al sentarnos sacó una baraja de naipes del interior de la sotana y puso el libro sacro en la mesa. Anoté en mi cuaderno cómo marcaba las hojas: con etiquetas de refresco y cerveza. Pedimos lo único que había: un vaso de vino acrecentado con agua. En el mismo lugar me entrevisté con Hortensio Sanlúcar Benavides, el hijo de la proscrita.

- Mi madre no se ha ido - me escupió borracho junto a la barra del bar. - Si no está hundida en el colchón de su cama es porque se la tragó la televisión.

Seguí anotando durante mucho tiempo algunos testimonios baldíos. Primero traté de dar con su hija, pero supe que se había ahogado con el humo de un cigarro sin conocer la fuga de su madre.

También hablé con un sobrino remoto de un pueblucho vecino, con la regidora del distrito, con la regenta de un local de putas y con un amante furtivo, pero todos me dieron la misma respuesta: un largo resoplido y una risita incrédula.

Incluso cuando encontré el recorte escondido en una lata de galletas llena de agujas e hilos, nadie supo explicarme muy bien qué letras seguían a la eme. Doña Apolonia Ventura, sin embargo, fue la única con el coraje de sincerarse conmigo: «Mire, Arturito, si Dios hubiera querido matarla, Amelia Benavides se lo hubiera comido».

Candelaria es un pueblo sencillo, bañado por el mar, lleno de leyendas y de historias. Hace años, un día de verano precioso, el océano mostraba el azul más intenso que alcancemos a imaginar; el sol arrancaba destellos al agua e inyectaba una energía especial. Ese día, a la señora se le ocurrió ir a bañarse al mar, pues los baños en la marea sentaban bien al organismo, y decidió que todos los días iría a remojarse a los charcos de la orilla. Se enfundó en su traje de baño, el que tenía de años anteriores y al que le había dado poco uso, y encima se puso una camisa masculina y una falda gris hasta los pies, bien tapada de arriba abajo. Completó el atuendo con una pamelita a la que ella misma había agrandado el ala con un alambre y un trozo de muselina, se la colocó en la cabeza y ataviada de esa manera, salió con paso firme en dirección al mar. Era alta, flaca y desgarrada, de greña despeinada, mal carácter, mal pensada, solitaria, extravagante, inculta, de misa diaria, sorda de un oído y del otro poco oía, poco amigable, no se ruborizaba ante nada ni nadie, y todos los días por las tardes rezaba la letanía con un rosario de cuentas antiguas y desgastadas, como remedio o petición para cualquier mal.

No tardó mucho en regresar. Abrió el portón de la casa que daba a un gran patio, y se encontró con su hermano sentado al fresco de la madre selva, encerando hilos de bala para cocer las alparagatas. Él la miró burlón y no se resistió a preguntarle.

- ¿De dónde vienes?

- Me fui a dar un bañito al mar - contestó de buenas.

- ¡Ah! Ahora vas como «Rosalía Marrona», a darte los siete baños - volvió a decir guasón.

Rosalía Marrona, era un personaje popular que un día fue al médico con determinadas dolencias y este le aconsejó darse siete baños seguidos en el

agua salada y curativa del mar. Ella, ni corta ni perezosa, se fue a la playa y se dio siete baños el mismo día en siete charcos diferentes.

- Me voy a cambiar, que hoy me dejo el agua salada, beneficiosa para la piel.

- Tú sabrás si te escueces, verás que bueno - volvió a decir con ironía el hombre.

- Tú sigue así, Juan Bubango. Yo después comeré; los baños marinos me abren el apetito - y se fue espantada entrando en la casa y dejando al chistosillo de su hermano con la palabra en la boca.

El monitor cardíaco fue el primer sonido que oyó al abrir los ojos.

- Bip, bip, bip.

1ª SEMANA

Dicen que la primera fase de la muerte está asociada a la negación, y así era. Elísabet no podía creerse lo que ocurría ante sus ojos. Necesitaba negar que se encontraba en un hospital, completamente paralizada.

2ª SEMANA

Y la segunda fase es la ira. Se enfadaba continuamente, consigo misma, con los médicos... Hasta con su marido por no ir a verla, a pesar de que no se permitían visitas. Cuánto echaba de menos su positividad, sus ojos emotivos, su permanente sonrisa a pesar de las malas circunstancias... ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo se le había ocurrido coger el coche, borracha, a media noche?

3ª SEMANA

Más tarde, llegó la negociación.

- Dios, déjame vivir solo para ver a mi hija llegar a la universidad - Se lamentaba todos los días - Quiero ver a mis futuros nietos. Y a mi marido. Y a mamá, quiero decirle cuánto la quiero.

4ª SEMANA

Inevitablemente, llegó la depresión. El tumor continuaba extendiéndose, y ella apenas podía mover ya sus manos. No podía comer. Le costaba hablar e incluso pensar.

- Tumor astrocitoma anaplásico y hemorragia cerebral grave -especificaban los médicos. No obstante, lo único que ella era capaz de escuchar en esa frase era “te estás muriendo, Elísabet”.

5ª SEMANA

Por último, la aceptación.

— Moriré - Reflexionaba, sin poder levantarse de la cama - Hice mal y lo sé. Me merezco lo que tengo, lo desee o no. En vez de estar yo aquí, podría haber sido otro. Para pagar ese riesgo, este es mi castigo.

El día de su muerte, a su marido y a su hija se les permitió una visita. Se sentaron a su lado y lloraron. Lloraron, no como cuando te haces una herida, no, sino como cuando un dolor profundo te desgarrar el corazón de una manera indescriptible.

- Mamá, ¿tu irás al cielo? - preguntó la pequeña con su melodiosa vocecilla.

- Bichito, los ángeles siempre van al cielo - intervino el padre - Nunca lo dudas, mamá es uno de ellos. Una lágrima recorrió la mejilla de Elísabet.

- Bip, Bip, Biiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

Relato: OJOS AMBARINOS

Autora: VERÓNICA SOFÍA CASTILLO YÁNEZ

La niña, de cabellos color miel, le había implorado a su madre que le dejara ponerse aquel día su abrigo rosa de lentejuelas. Ella lo negó rotundamente. La cría se encontraba enrabiada por dentro, pero se calmó lo suficiente como para preguntarle a su madre el por qué.

- En el sitio a donde vamos hay que acudir de negro. Y nada de andar jugando. Tienes que estar tranquila, ¿me entiendes?

Ella, sin terminar de entenderlo del todo, asintió. Su madre acabó de colocarle el vestido negro y la subió al coche.

- Mamá, ¿a dónde vamos?

- Al tanatorio. - respondió la mujer, con una voz temblorosa.

Su cabecita rubia de seis años no contaba con esa palabra en su vocabulario, pero no se molestó en preguntarlo.

Al llegar, la chiquilla no entendió la escena.

Todas las cabezas miraban hacia el suelo. Flequillos y cabellos se resbalaban hacia las frentes de los presentes, haciendo imposible que la niña centrara su atención en los ojos hinchados de los demás.

Sujetaban ramos de flores mientras se acercaban a su madre para musitar unas extrañas palabras que no había oído nunca antes.

- Mi más sentido pésame por tu marido, Rocío.

Los mechones trigueños del pelo de la niña se agitaron cuando giró la cabeza hacia su madre. Se percató de que una lágrima caía por su rostro, dibujando un diminuto río en su mejilla.

- Mamá, ¿por qué lloras?

Aquella pregunta no hizo más que desconcertar enormemente a la mujer. Le había dicho a su hija que su padre había tenido que irse, pero aún así no había derramado ni una sola lágrima. No había soltado ni un lamento. Ni un suspiro.

Eso ya le había parecido raro, pero aquella pregunta la desubicó por completó. Le cayó como un vaso de agua fría sobre su cabeza.

- Cariño...Tu padre no se ha ido. Tu padre ha muerto. - no tuvo más remedio que decir. Se preparó mentalmente, creyendo que la niña estallaría en sollozos tras haber oído esto. Para su sorpresa, no fue así. Los ojos ambarinos de la niña, que ocupaban casi todo su rostro, pestañearon.

- ¿Entonces lloras de felicidad? - inquirió la cría, haciendo enmudecer a su madre

- ¿Cómo has dicho? - preguntó la mujer que instantes antes se encontraba dando el pésame a su madre.

- Creía que mamá se alegraba... Ya papá no me volverá a pegar más.

Cuando la conoció, supo que moriría. Y cuando eso pasó, él estuvo ahí para verlo.

Se conocieron un día de otoño, entre mil y una hojas de colores. La luz se colaba entre ellas, dándole a los ojos de la joven un brillo especial. No obstante, desde el primer instante en que sus miradas se fundieron, supo que esos ojos ocultaban algo.

No se lo confesó a él hasta el invierno. Un día como cualquier otro, su pelo había desaparecido. Aquel sedoso cabello que el muchacho podía pasar horas y horas acariciando... Se había ido. Y todo por culpa de aquella enfermedad. Entre sollozos, la chica le confesó que desde los siete años tenía leucemia. Le explicó sin dejar de llorar, que tras el primer fracaso de la quimioterapia hacía ya años, habían decidido reintentar el tratamiento.

Él no supo cómo reaccionar.

Pasaban las estaciones, y los meses se iban arrancando del calendario, al igual que la salud la abandonaba a ella. Se la veía pálida y comía menos. Se pasaba la mayor parte del día en la cama del hospital, sin ser capaz de levantarse.

Él se pasaba las noches llorando. Pensaba en cualquier cosa que pudiera hacer por ella.

Fue entonces cuando tuvo aquella idea, pero no sabía si llevarla a cabo o no. Tuvo que llegar nuevamente el otoño para que supiera que era el día.

Ella le pidió que fuera al hospital. Él, sin dudarlo, lo hizo.

Pero cuando la muchacha estaba a punto de decirle por qué le había pedido aquel día su compañía, él la acalló.

- Todo lo que hago es por ti. No te mereces seguir sufriendo.

Cuando la conoció, supo que moriría. Pero no supo que moriría en sus brazos. Y que el culpable de su muerte sería él, que continuaría en la habitación, con

la pistola aún en la mano, observando los ojos inertes de su amada, que ya se encontraban desnudos, sin ningún secreto que guardar.

Aunque en realidad sí que había algo que se llevaría a la tumba y que nunca le llegó a decir a él, y era que la quimioterapia había funcionado.